

*La «cuestión leibniziana»:
estudio crítico bibliográfico*

1.^a parte: Las obras de Leibniz

1. INTRODUCCION

El objeto de estas páginas es presentar el estado actual de la bibliografía leibniziana, comenzando por discutir los problemas que afectan a las obras y ediciones del filósofo y dejando para un próximo artículo (que aparecerá en esta misma sección, en un número siguiente) el balance de los estudios a que ha dado lugar su pensamiento. Como es obvio, he admitido esta distinción entre *obras* y *estudios*, sin grandes congojas personales, en virtud de un sistematismo que es aceptado comúnmente por la práctica académica establecida. Pero debo advertir que esta distinción resulta sobremanera inútil en el caso de Leibniz, ya que, al no haber sido fijado de una vez y definitivamente el corpus de sus escritos (como se sabe, no existe todavía una edición completa de sus obras¹), las opciones, disputas y solicitudes de los intérpretes han dependido en gran parte de la aparición de nuevas ediciones y publicaciones de inéditos. Obras y estudios no forman, pues, como en tantos otros filósofos, una estructura definida por el valor estable y más o menos estático de las primeras, sino más bien, una estructura de interdependencias dinámicas mutuas que sólo metodológicamente pueden distinguirse. Lo cual obliga, en resumen, a que, antes de adentrarnos en el tema concreto que he anunciado, apunte yo algunas consideraciones sobre su trasfondo general.

Tales consideraciones son las siguientes:

Ante todo, se sabe bien que la «cuestión leibniziana» no es otra cosa que la existencia de varias lecturas contradictorias, que

¹ Para conocer el estado en que se encuentra la emprendida por la *Preussische Akademie der Wissenschaften*, véase *infra*, epígrafe 2.2.

afectan no a problemas de detalle, sino al sentido, al alcance total del pensamiento de Leibniz. Desde la interpretación tradicional, que consideraba a la metafísica como una consecuencia de la dinámica, o desde la reacción logicista, que hizo derivar a esa misma metafísica (y aun al sistema entero) de presupuestos puramente lógicos, el núcleo básico o el origen del que se han hecho depender las demás investigaciones del filósofo se han situado, sucesivamente, en la metodología, en la historia, en la matemática, en la religión, etc., dentro siempre de un sentido sistemático contrapuesto, en el que no han faltado desde el más extremo espiritualismo hasta el más decidido materialismo². En los casos en que se produce un fenómeno de multiplicidad interpretativa como éste, lo normal es buscar las causas en dificultades interiores del pensamiento en cuestión. Esto está fuera de duda y, por lo que a Leibniz se refiere, tales dificultades son graves y numerosas. No hay, por ejemplo, un *opus magnum*³ (al estilo de las *Meditaciones* de Descartes o la *Ethica* de Spinoza) en el que el autor exponga una síntesis detallada de su filosofía y, muy al contrario, incluso de algunas partes de esa filosofía sólo tenemos referencias incompletas en opúsculos y fragmentos que, a veces, no son fáciles de integrar en el conjunto de la obra. Por otro lado, algunas cuestiones centrales del pensamiento de Leibniz no aparecen tematizadas de un modo autónomo, sino que se vinculan a contextos problemáticos particulares de forma que su función se multiplica, confusa y polisémicamente, en procesos

² Algunos tratadistas han sistematizado la multiplicidad de interpretaciones, reduciéndola a tres tendencias que se distinguen por el puesto conferido en ellas a la metafísica. Según esto, habría que hablar: 1) de una corriente *metafisicista*, que entiende todo el sistema derivado de unas cuantas intuiciones ontológicas; 2) de una corriente *logicista*, que reduce la metafísica a una pura consecuencia de determinadas tesis lógicas, y 3) de una corriente *conciliadora*, que ve en la metafísica tanto el ejercicio de un originario *esprit de système* como también el producto de una serie de perspectivas parciales entre las que se cuenta (aunque no únicamente) la lógica. Estas sistematizaciones, si bien no son del todo falsas, resultan, sin embargo, insuficientes, cuando se quiere descender a los detalles. De hecho, como veremos en la II parte de este trabajo, las cosas son considerablemente más complejas.

³ La expresión es de RUSSELL en *A Critical Exposition of Philosophy of Leibniz*, 1900, cap. I, § 1.

analíticos y deductivos heterogéneos⁴. La terminología y aun el contenido de algunas expresiones resultan, en consecuencia, vacilantes. Como móviles son también los esquemas de argumentación y muy variables —alternativos y hasta contradictorios— cuando se les considera desde una perspectiva diacrónica⁵. La lista es, en fin, muy amplia y el lector podrá encontrar un catálogo minucioso en las diversas partes de este estudio.

Nada de esto es discutible, ciertamente. Sin embargo, con ser enormes estas dificultades, la mayor de todas tiene otro talante; un talante que no dudaré en calificar de exterior a la filosofía en sí de Leibniz. Consiste, en efecto, dicha dificultad en la existencia de verdaderos *estilos interpretativos*, que difieren de una a otra tradiciones culturales y que, surgidos de los climas de interés de determinadas épocas históricas, se vienen luego repitiendo bajo estatuto de autonomía y sin las justificaciones que tuvieron en su origen. Pongamos por caso el logicismo. Tiene razón Barone cuando identifica el *espíritu interpretativo* de Russell y Couturat con el *espíritu filosófico* del propio Russell o de Frege, Peano, Wittgenstein..., dentro todo ello del clima de interés por la lógica que caracterizó el principio del siglo xx⁶.

⁴ Cfr., en este sentido, lo que dice M. SERRES en *Le Système de Leibniz et ses modèles mathématiques*, Paris, PUF, 1968, p. 9 ss.

⁵ Compárese, por ejemplo, la fundamentación del principio de armonía en *Confessio Philosophy* (1673), *Primae Veritates* (1686) y *Theodicée* (1710), cuyas variaciones argumentativas han dado lugar a polémicas de importancia. Cfr. COUTURAT: *Sur la métaphysique Leibniz*, RMM, 1902, pp. 23-34, y RIVAUD: *Historie de la Philosophie*, Paris, 1931, tomo III. Otras nociones que forman parte de contextos argumentativos variables son la *verdad*, la *necesidad*, la *fuerza*, la *materia*, el *fenómeno*, etc.

⁶ BARONE: *Leibniz. Scritti di Logica*. Introduzione, p. 3. He aquí exactamente sus palabras: «La paradossalità di una raccolta degli scritti logici coincidente con la totalità degli scritti filosofici leibniziani cessa di essere tale, quando si considera il periodo —l'inizio del '900— in cui la raccolta avrebbe potuto essere progettata: sono infatti gli anni in cui in Germania, in Inghilterra e in Francia compaiono nuove e rivoluzionarie interpretazioni del pensiero leibniziano che fanno perono, sia pur con accentuazione diversa, su una tesi panlogistica, e che rispecchiano nella prospettiva storica con cui si guarda al Leibniz *alcuni degli interessi e dei motivi teorici dominanti nell'epoca*.» Véase también p. 8: «la questione del significato della logica leibniziana é indisolubilmente connessa con il problema teorico ed attuale de la valutazione del rinnovamento della logica formale (...): *la svolta dell'indigine storiografica (en Leibniz) coincide con una svolta decisiva nell'orientamento del pensiero contemporáneo*» (cursivas mías).

Pero no es menos verdad que, con independencia de este origen, el logicismo se ha transformado en una línea plausible de investigación, incluso en una militancia, que caracteriza los estudios anglosajones en proporción mayor a los de otros medios europeos. Igual podría decirse de la corriente metafísica, que ha dominado, pese a notables y excepcionales episodios⁷, el horizonte interpretativo francés. Y aún cabría hablar de un Leibniz germánico, si bien son muchas las vacilaciones con que se ha escrito la historia de los *Leibnizforschung*, como quedará patente en estas páginas. Este tipo de generalidades, sobre todo en lo que se refiere a su distribución geográfica, es claro que contienen un factor de ilegitimidad y de trivialización que procuraré matizar cuidadosamente en la II parte de este estudio. Pero, al margen ahora de su más exacta ponderación, lo que no cabe duda, lo que importa poner de manifiesto es que tales «estilos interpretativos» funcionan en la interpretación de Leibniz como tradiciones sistematizadoras o escolásticas, que son foráneas en sí mismas a la obra del filósofo y que necesitan discriminarse de ella, no tanto con ánimo de denuncia, cuanto con ánimo de rigor.

Pero esto no es todo, todavía. Si el problema al que estoy aludiendo es verdaderamente grave, no se debe sólo a la existencia de estos que llamo «estilos interpretativos» y a su exoterismo escolástico, sino al fenómeno de modificaciones estructurales que imponen a los problemas concretos. Permítaseme insistir en que no es mi intención eliminar el carácter objetivo de muchas de las más arduas dificultades leibnizianas. Pero sí estimo que debe constatarse cómo los mismos textos son valorados o descalificados según la escuela que el intérprete profesa; y cómo, en otro orden de cosas, se eligen las cuestiones (y se las califica de decisorias) para presentar el pensamiento de un filósofo que tan pródigo es en citas y desarrollos analíticos alternativos. Sin embargo, la importancia de estos datos no consiste sólo en la interpretación diferente que, de esta manera, llega a producirse. En realidad, si esa diferencia de interpretaciones tiene lugar es por

⁷ El más notable de los cuales es la publicación por Louis COUTURAT de *La Logique de Leibniz*, en 1901. Sin embargo, no es importuno recordar la frialdad con que los miembros de la *Société Française de Philosophie* recibieron las tesis couturianas, ¡ya en 1902! Cfr., para ello, *Sur les rapports de la logique et de la métaphysique de Leibniz*, RMM, 27-II-1902. Esta frialdad frente al logicismo constituye una constante en Francia.

otro fenómeno aún más profundo: porque se modifica previamente el marco de relación, porque se altera y diversifica la propia imagen de Leibniz. Los «estilos interpretativos» no se limitan a sugerir determinados claroscuros sobre una fotografía borrosa. Por el contrario, transforman, invierten la *función estructural* y el *sentido hermenéutico* de partes enteras —la lógica, la metafísica, la dinámica— del sistema leibniziano. Y es evidente que, en este cambio de coordenadas, no tanto ocurre que las cuestiones particulares *se interpreten*, cuanto que *se plantean* de forma en absoluto diferente. La existencia, pues, de los «estilos interpretativos» no sólo influye en el carácter general de la explicación de Leibniz, sino también en el planteamiento de los problemas concretos. Los postulados exógenos de la hermenéutica se objetivan así en dificultades endógenas para esa misma hermenéutica y, de este modo, la validez intrasistemática (o de coherencia consigo mismas) de las interpretaciones se construye al margen de su posible validez extrasistemática (o de adecuación con todos los datos reales, no selectivamente escogidos)⁸. Más aún: aquella validez perturba, disocia el propio intrasistema leibniziano. Pone el acento en la multiplicidad y contradicción de las vías de análisis, mientras que deja de lado su carácter sinóptico, su vocación expresa de armonía⁹.

Tal es, a mi juicio, el núcleo de la «cuestión leibniziana»: el fenómeno disociativo, impuesto por los estudiosos —y por razones exteriores, históricas— de lo que en Leibniz es y no puede más que ser un constructo único; y, a partir de ahí, la consiguiente parcialidad con que se concibe la estructura dominante, la *Arquitectónica* del sistema. Ahora bien, lo que acabo de señalar

⁸ Tomo esta distinción entre validez intra y extrasistemática, abusivamente, de S. HAACK: *Philosophy of logics*, Cambridge Univ. Press, 1978.

⁹ Véase el certero diagnóstico de GUEROULT: *Leibniz Dynamique et metaphysique*, Paris, Aubier-Montaigne, 1934, que dice: «C'est un dogme universellement reçu que celui de l'eclecticisme de Leibniz et de son temperament conciliateur; mais c'est une tendance de ses interprètes, surtout les plus récents, de mettre en valeur plutôt les contradictions et les confusions que les harmonies de sa pensée. C'est sans doute la rançon d'une analyse exacte; mais cette rançon n'est, bien souvent, ineluctable qu'en raison du parti pris de négliger l'aspect synoptique sous lequel Leibniz aperçoit l'ensemble de problèmes, et de la volonté plus ou moins consciente d'accorder a priori une preponderance marquée à tel ou tel themes nombreux dont l'enchevêtrement constitue l'univers de ses pensées.»

—y precisamente en cuanto que constituye el núcleo de la «cuestión leibniziana»— no basta para hacerse cargo de la verdadera problematicidad de la cuestión. La génesis de los «estilos interpretativos» no podría explicarse solamente por los climas intelectuales de una determinada época o por su fijación en específicas tradiciones de cultura, si no hubiera acompañado a ello el dato perturbador de un conocimiento asimismo parcial e históricamente móvil de las propias obras de Leibniz. Es lo que sugerí al principio de estas páginas y el punto también al que quería dirigirme. Si, a pesar de un cierto abuso de los términos, podemos hablar de un Leibniz logicista o metafisicista y casi también de un Leibniz francés o anglosajón, con mucho mayor motivo es posible referirse a un Leibniz siglo XVIII (que ha producido determinadas reacciones e interpretaciones) o un Leibniz siglo XIX o siglo XX (que son distintos entre sí y de los anteriores, y no sólo por crecimiento de lo ya conocido, sino sobre todo, por aparición de datos radicalmente novedosos). Las fechas —los «Leibnizs»— pueden incluso concretarse más. Piénsese que toda la tradición wolfiana no tuvo apenas noticia de los escritos lógicos y metodológicos de Leibniz¹⁰ y que, en realidad, éstos no se conocieron, parcialmente, hasta la edición de Erdmann en 1840¹¹ y, de nuevo de un modo parcial aunque con mayor amplitud, hasta las publicaciones del tomo VII de los *Philosophischen Schriften*¹² de Gerhardt en 1890 y de los *Opuscules* de Couturat en 1903. Si a esto se añade que importantes meditaciones sobre el infinito no vieron la luz hasta la edición de Jagodinski en 1914 y que aún hoy permanece inédita una parte considerable de los opúsculos

¹⁰ Incluso la edición de DUTENS en seis volúmenes (1768), que fue tan rica en importantes áreas del pensamiento leibniziano, no ofrece una sola línea que se refiera intencionalmente a los escritos lógicos y metodológicos. Cfr. sobre esta edición, *infra*, p. 292 y nota 56.

¹¹ Y digo parcialmente, no sólo porque Erdmann utilizara un criterio restrictivo en la selección de textos, sino también porque comete considerables errores, tanto en la transcripción como en la cronología de los que publicó. Véanse las ponderadas críticas de GURHAUER recogidas por RAVIER: *Bibliographie des oeuvres de Leibniz*, Paris, 1937, p. 307.

¹² Son los textos recogidos bajo el rótulo *Scientia Generalis. Characteristica*, pp. 43-247. Pero, en realidad, hay otros muchos escritos de esta naturaleza, dispersos tanto en los *Philosophischen Schriften* como en los *Leibnizens mathematische Schriften*, y que el autor, incomprensiblemente, ha colocado bajo rótulos distintos.

lógicos¹³, ¿puede extrañar que hayan variado notablemente los juicios de los intérpretes, desde Voltaire a Couturat, desde Serres o Parkinsson a un futuro estudioso de este tema que cuente con el corpus íntegro de las obras de Leibniz? Pero entonces, queda claro que el fenómeno de los «estilos interpretativos» o tradiciones escolásticas de Leibniz se relaciona, si no en absoluto, al menos sí de un modo estrecho, con la movilidad en el conocimiento de sus escritos. La interpretación logicista es solidaria, pues, del hallazgo de los textos lógicos; y su escolástica se vincula, de este modo, a la publicación de tales textos en 1903. La interpretación religiosa depende del interés causado por las obras místicas y teológicas; y su supervivencia no ha sido ajena a las publicaciones de inéditos de Baruzi (1905) y Grua (1948). *Et ita porro*. A lo que podría añadirse, en fin (por los ejemplos que he señalado), que hay un Leibniz 1903, un Leibniz 1948, etc., cada uno de los cuales asume los anteriores y, sin desnucar las escolásticas vigentes, introduce nuevas perspectivas, nuevas posibilidades de sistematización.

Ahora bien, ¿a dónde nos conduce todo esto? Si con lo que acabo de decir se demuestra, sin asomo de duda, aquella indicación que hice al principio sobre la imposibilidad de separar drásticamente las obras de los estudios en un ensayo de bibliografía leibniziana, lo importante, de todos modos, es que con ello no se hace otra cosa que insistir en la existencia de elementos relativos, foráneos a la obra en sí de Leibniz y plenamente determinantes a la hora de ponderar los complejos y contradictorios desarrollos de su interpretación. Este, pues, es el dato decisivo del problema. Cualesquiera que sean las dificultades reales del pensamiento de Leibniz, la «cuestión leibniziana» es, sobre todo, *una cuestión de crítica bibliográfica*, es decir, una cuestión que apunta a factores que no están dados en ese pensamiento; que alude, concretamente, a las *condiciones formales* de la obra del filósofo y a las *características históricas* en que se ha desarrollado su hermeneusis. Este hecho, en fin, que ya comprendió

¹³ De entre estos últimos, resulta especialmente lamentable la no publicación de casi ninguno de los escritos que se refieren a la lógica de la probabilidad y de las proposiciones contingentes. Véase, *infra*, p. 300 y nota 69.

Mahnke en 1925¹⁴, pero que, lamentablemente, ha sido poco meditado por los autores posteriores a él¹⁵, hace obligatorio un estudio de la bibliografía leibniziana, que no constituya (como es costumbre en tantas tesis o libros «académicos») la simple presentación ordenada de una lista de títulos, a menudo tan numerosa como inútil, cuanto la discusión de las opciones, contenidos, supuestos metodológicos o prejuicios puros y simples que se presentan o subyacen en el interior de tales títulos. No basta con saber en qué estado nos encontramos en la interpretación de Leibniz, sino que es preciso tener también en cuenta el cómo y el porqué hemos llegado a tal estado. Porque de lo que, en definitiva, se trata es de discriminar lo original de lo añadido, las dificultades propias de Leibniz de las que sólo lo son en alguna de sus escolásticas. Y es evidente que ello implica un análisis cuidadoso, críticamente planteado, que no sólo exprese las carencias y los excesos del repertorio de ediciones y estudios sobre Leibniz, sino que también señale la función de cada uno y la secuencia, por así decir, diacrónica en que han venido apareciendo.

Tal es, en fin, por lo que a mí se refiere, lo que voy a intentar en las páginas que siguen y en las que serán publicadas, como he dicho, en el número siguiente de estos *Estudios*. Sólo me resta por señalar que, en cuanto a los límites de mi trabajo, he preferido no extenderme a la bibliografía anterior al siglo xx, si bien debo añadir que he tomado este marco con no poca laxitud. Lo primero porque el perspicaz análisis de Mahnke hace innecesaria cualquier repetición; lo segundo porque, no obstante ello, algunos planteamientos interpretativos de nuestro siglo, así como las principales ediciones, se remontan a períodos anteriores. En conjunto, pues, he pretendido hacer balance de lo que puede ser hoy el estado de los estudios leibnizianos, remitiéndome, cuando ha sido preciso, hasta el punto de partida de las discusiones y no ahorrando, comúnmente, cuantas referencias pudieran ser clarificadoras para la mejor presentación de ese balance.

¹⁴ Cfr. *Leibnizens Synthese von Individualmetaphysik und Universal-mathematik*, Halle, 1925; reed., Stuttgart, 1964, *passim*.

¹⁵ Véanse, sin embargo, lo que se dirá en la II parte de este trabajo, epígrafe 3.2.

2. LAS OBRAS DE LEIBNIZ

Y ya centrémosnos en la cuestión concreta de las ediciones. Como se ha indicado más arriba, uno de los dos condicionantes del problema leibniziano y, seguramente, el que más requiere un tratamiento crítico, es el de la propia formalidad de las obras del filósofo. Ahora bien, por formalidad entiendo aquí tanto la peculiar manera con que Leibniz componía sus escritos, como las dificultades que, desde un punto de vista filológico, ha planteado su edición. Ambos hechos son correlativos. Quiero decir que, descontando las reservas que luego voy a proponer, la fragmentariedad y defectos de las ediciones disponibles son, en una buena parte, resultado de las condiciones en que el propio Leibniz nos ha transmitido su obra. Conviene, pues, antes que nada, que nos detengamos en presentar esta cuestión.

2.1. *Problemas generales de la obra leibniziana*

El primer problema que debe reseñarse es un problema *numérico*. Las obras filosóficas publicadas en vida de Leibniz ¹⁶ —a las que debe añadirse las que lo fueron póstumas, pero con un escaso margen de tiempo, o sea, en concreto, la *Correspondance avec M. Clarke* y los *Principles de la Nature et de la Grace fondés en raison* ¹⁷— constituyen un repertorio muy pequeño, fundamentalmente compuesto, a excepción de la *Theodicée*, por artículos de revista o ensayitos no siempre reconocidos en su madurez como

¹⁶ Sea por el propio Leibniz o por sus contemporáneos. La lista completa puede consultarse —con interesantes noticias bibliográficas— en RAVIER: *Bibliographie des oeuvres de Leibniz*, Paris, 1937, pp. 119-156. (Sobre esta obra, véase *infra* el apartado 2.2 de este epígrafe.)

¹⁷ La primera fue editada por el propio CLARKE en 1717. Los segundos aparecieron en la revista «L'Europe savant», La Haya, en noviembre de 1718. En cuanto a los *Nouveaux Essais sur l'entendement humaine*, que suelen considerarse editados inmediatamente después de la muerte de Leibniz, no lo fueron en realidad hasta la tardía fecha de 1765, por RASPE. El motivo de la confusión probablemente se deba a la publicación por parte de CHURCHILL, en 1708, de la recensión de Leibniz *Reflexions sur l'Ess. de l'Ent. Hum. de Mr. Locke*, que fue reeditada varias veces a la muerte del filósofo.

válidos por el autor¹⁸. La suma de todas estas obras no debe superar el 10 por 100 de las páginas redactadas por Leibniz y acaso ni siquiera lleguen al 1 por 100 si lo que se toma en cuenta son los títulos y proyectos de obras que conservamos. Claro está que esta aproximación estadística se hace sobre la base de incluir entre las obras no publicadas del autor aquellas que constituyen el conjunto más voluminoso de sus escritos; es decir, la Correspondencia; lo cual es una base, no falsa ciertamente, pero discutible. La Correspondencia, en efecto, no careció de publicidad, aunque sólo la tuviera restringida, y acaso el único problema que aquí podría suscitarse es el de averiguar por qué hizo Leibniz un uso tan desproporcionado del intercambio epistolar, en detrimento de otras más amplias formas de difusión de su filosofía¹⁹. Pero, merezcan o no la pena estas matizaciones, lo que, hablando en rigor, no cabe duda es que más del 90 por 100 de los escritos filosóficos leibnizianos permanecían, o rigurosamente inéditos, o, cuando menos, no impresos en forma de libro a la muerte del autor.

Ni que decir tiene que este problema numérico hubiera bastado por sí solo para erizar de dificultades la tarea de una edición completa y rigurosa. Sin embargo, su trascendencia es todavía mayor cuando se lo relaciona con un segundo problema de fuste más considerable. Me refiero a la *naturaleza* misma de eso que Leibniz dejó de publicar y a la *importancia* que deba asignársele en el contexto de su pensamiento. *Qui me non nisi editis novit, non novit*, escribía nuestro filósofo a Placcius el 21 de febrero de 1696²⁰. Y, en realidad, es inimaginable que Leibniz no concediera una especial relevancia a muchos de los temas tratados en los manuscritos que permanecieron inéditos. Por el contrario, se opondrían a esta hipótesis no sólo un análisis

¹⁸ Leibniz tenía un criterio muy exigente no sólo para acceder a publicar, sino también para consentir reediciones de sus obras, causándole esto último algunos episodios desagradables, como la reedición, sin su consentimiento, del *De Arte Combinatoria*, en 1690. Para una más exacta ponderación de este tema, véase, *infra*, nota 31.

¹⁹ Véase una sugestiva hipótesis de trabajo en BREHIER: *Leibniz et la discussion*. RPhFE, 1946 (núms. 10-12). En todo caso, es importante reseñar que los corresponsales de Leibniz superan ¡los seiscientos!, y que este hecho —lo que expresa materialmente como característica de su obra— debe ser meditado a la hora de hacer un juicio sobre su filosofía.

²⁰ DUT. VI, I, 64.

interno de tales manuscritos, sino montañas de citas e indicaciones apuntadas aquí y allá por el autor. Por ejemplo, ninguno de los trabajos sobre la Característica, la Ciencia General, el *Analysis situs*, el cálculo de probabilidades, el laberinto del continuo, etc., así como tampoco la mayoría de los referidos a la Enciclopedia o a importantes partes de la Metafísica, fueron publicados en vida de Leibniz —ni, a decir verdad, lo han sido hasta las grandes ediciones de los siglos XIX y XX—, a pesar de lo cual, en sus obras publicadas o en algunas de sus cartas se refiere a ellos en términos de piezas indispensables de su sistema²¹, de los que espera el mayor título de gloria²² y que serán dados a conocer «si Dios me da vida suficiente para ello»²³. Otras veces también, en notas marginales de los propios manuscritos inéditos, el autor escribe frases elogiosas para consigo mismo: recuérdese, por ejemplo, el famoso y lapidario *hic egregie progressus sum*²⁴ que le sugiere a Leibniz una segunda lectura de sus *Generales Inquisitiones* de 1686. Y aún podrían anotarse muchos otros juicios y afirmaciones, todos los cuales coinciden siempre en reconocer la verdad de la primera cita que he propuesto: quien no conoce a Leibniz más que por lo que editó, no lo conoce.

Ahora bien, si, en conjunto, la importancia de los inéditos es indiscutible, no menos son ciertas sus enormes dificultades. En primer lugar, los inéditos son muy heterogéneos en cuanto a su *factura*. Junto a opúsculos muy amplios y pormenorizados hay otros que tienen forma de resumen o de proyecto, algunos de cuyos epígrafes *no sabemos muy bien a qué se refieren*²⁵; y, otras veces, se trata de notas ocasionales, escritas en condiciones imprevisibles²⁶ y cuyo contexto resulta difícil de establecer. Circuns-

²¹ A Placcius, 21-II-1696 (citado en nota 20).

²² *Consilium de Encyclopaedia nova*, C, 32.

²³ *Théod. Introducción*, GP, VI, 29. Véase también A. BURNETT, 1696 (?), GP, III, 259, etc.

²⁴ C, 356.

²⁵ Tal es el caso de algunos de los epígrafes que se contienen en los numerosos proyectos de Enciclopedia o de algunas alusiones a experimentos de la época de la que no nos quedan noticia. Un ejemplo de esto último puede verse en *Schediasma de Arte inveniendi Theoremata*, C, 171.

²⁶ Por ejemplo, en el reverso de una factura de hotel. Este es el caso, entre otras, de la importante nota *De Principiis*, escrita contra el obispo de Thina, C, 183-84.

tancialmente, algunos de estos opúsculos tienen una redacción cuidadosa y sus reflexiones se presentan en forma detallada y sin solución de continuidad. Pero, a menudo, son meros recordatorios, con faltas evidentes de estilo y numerosas lagunas en su argumentación. Por otra parte, los inéditos difieren también mucho por las características de su *contenido*. En general, son frecuentísimas las repeticiones, que no sólo afectan a las ideas, sino incluso a la propia literalidad de las frases²⁷. Lo que no impide, sin embargo, que otras muchas veces se encuentren frases alternativas, contrapuestas o hasta contradictorias. Hay también opúsculos cuyos contenidos resultan difícil de integrar en el contexto del sistema leibniziano, no porque sean inconciliables con él, sino porque suponen tanteos de nuevas vías analíticas que después quedan inexploradas o que se remiten únicamente a problemas ocasionales. Y, en todo caso, el contenido de los inéditos constituye siempre materia provisional, sujeta con frecuencia a revisión por el contenido de otros inéditos.

Desde luego, es indudable que todas estas características nos ponen ante los ojos lo que parece ser un rasgo común a la mayoría de las obras que Leibniz dejó sin publicar. A saber, el que fueron escritas o como respuesta a circunstancias particulares, archivándolas el filósofo en espera de una posible utilización, total o parcial, en sus grandes obras de síntesis²⁸; o como expresión de nuevas elaboraciones y nuevos puntos de vista sobre materias ya tratadas con anterioridad, que en parte suplen y en parte constituyen esfuerzos paralelos de análisis²⁹. En ambos casos, es evidente que una integración sistemática de *todos* los

²⁷ BELAVAL, en *Leibniz. Initiation a la philosophie, ed. cit.*, apunta lo que parece ser la razón profunda de esas repeticiones —incluso literales—: «Leibniz répète beaucoup. Publiant peu, il est amené à reprendre ses exposés et souvent dans les mêmes termes, pour maint nouveau correspondant..., etc.» (p. 9 s).

²⁸ Este es el caso de la *Théodicée*, que se beneficia, como ha demostrado GRUA incontestablemente, de un vasto conjunto de anotaciones anteriores. Véanse las concordancias estudiadas por este autor en GRUA, *passim*. Este hubiera también sido, a no dudarlo, el caso de la otra gran obra de síntesis sobre el «laberinto del continuo», que Leibniz anuncia en la propia Teodicea (GP, VI, 19) y que nunca llegó a redactar.

²⁹ Ejemplo de esto último son los diferentes cálculos ideados por Leibniz, cuya secuencia cronológica e intercorrelación temática estudió COU-
TURAT en *La Logique...*, *ed. cit.*, caps. VIII y IX.

inéditos es absolutamente imposible. Y que a lo más a que podemos llegar es a integraciones parciales, constituidas por conjuntos de opúsculos relacionados entre sí, y, por supuesto, sobre la base de una organización cronológica.

Ahora bien, qué duda cabe que todo esto tiene un valor fundamental para establecer la importancia de los inéditos y, más aún, que introduce en el tema factores ponderativos y considerables matizaciones. Los inéditos, en efecto, sea que se nos presenten como piezas aisladas o como partes de un contexto que sólo la cronología puede establecer, se inscriben, en todo caso, en el marco evolutivo en el que el pensamiento de Leibniz se genera y desarrolla. No puede pretenderse que los inéditos tengan por sí solos un valor absoluto, sino relativo a una serie de cautelas que se deben tomar para cada uno en particular. Y mucho menos puede pretenderse esto cuando el contenido de uno cualquiera de tales opúsculos choca frontalmente con afirmaciones expresas y repetidas del filósofo en sus obras publicadas o con una constante bien determinada de su pensamiento³⁰. Es un error, creemos, que sin duda explica muchos de los malentendidos anejos a la interpretación de Leibniz, el querer situar al mismo nivel de testimonio las obras avaladas por el filósofo mediante la garantía de su publicación, con las obras que son mero trabajo de despacho, fragmentos que el propio Leibniz, por razones que a veces sospechamos y otras veces ignoraremos para siempre, no se decidió a editar³¹. Por su naturaleza, los

³⁰ Este es el equívoco en que incurren algunas de las distorsiones del logicismo clásico. Un buen ejemplo lo proporciona la interpretación couturiana de la armonía preestablecida, que, en definitiva, supone preferir a textos como *Theod.*, § 61, y la carta a Wolf, otros textos alternativos de obras inéditas como *Primae veritates*, etc. Véase de COUTURAT: *Sur la Métaphysique de Leibniz*, RMM, X, 1902, en especial pp. 22-24.

³¹ Este argumento cobra más fuerza por cuanto no nos es desconocido el carácter exigente con que Leibniz accedía a la publicación de sus obras. Así, por ejemplo, sabemos muy bien el disgusto que le produjo que en 1690, sin permiso suyo y sin ninguna nota aclaratoria, reeditaran el *De Arte Combinatoria*, de 1668. Cfr., para esto, el prefacio de *De l'horizon de la doctrine humaine*, C, 531, y la nota al *De Arte*, GP, IV, 103. Por otra parte, si abundantes son sus referencias a su obra todavía inédita, más numerosas resultan —y dotadas de la mayor firmeza— las que se relacionan con su obra ya publicadas. Véase, por ejemplo, las referencias a la *Théodicée*, en la *V carta a Clarke*, § 10 (GP, VII, 390), o las citas de las *Meditationes de cognitione veritate et ideis* que aparecen en los *Nou-*

inéditos son pensamiento *in fieri*, expresión de una dinámica intelectual que abarca estadios diferentes: algo, en suma, necesariamente movedizo. En cuanto a su importancia, aun considerando la del conjunto como inexcusable, en cada caso hay que determinarla con criterios que no sólo pueden ser los de sus propios contenidos internos, sino también los de la etapa en que se producen y los de su capacidad para integrarse en los complejos sistemáticos que definen esa etapa ^{31 bis}.

veaux Essais, II, XXIV. Cfr. también la importante carta a BURNETT, de 1699 (GP, III, 257). En general, la impresión que producen todos estos textos —y otros muchos que podrían citarse— es que las obras publicadas por Leibniz en el período de madurez constituyen textos prácticamente definitivos, aunque incompletos, para dar idea de su sistema. Precisamente esta falta de compleción es lo que le lleva a citar su obra inédita, pero siempre con la advertencia de que es obra todavía no elaborada, todavía en preparación.

^{31 bis} Cuestión relacionada con la de la funcionalidad e integración de los inéditos es la de si éstos —en conjunto o, cuando menos, en parte— representan un *tipo* o un *nivel* de filosofar distinto del que se ofrece en las obras publicadas por Leibniz: una suerte, en resumen, de filosofía oculta o *esotérica*, que, sea por su heterodoxia, sea por el temor a malentendidos que pudieran poner en peligro su carrera política, sea, en fin, por otras razones, el filósofo hubiese deseado hurtar a la opinión pública. El tema fue sacado a debate por B. RUSSELL, en *A Critical Exposition*, cit., cap. I, § 1, aventurando que «a menudo encontramos la mejor explicación de sus opiniones... en breves apuntes perdidos entre sus manuscritos» y que estos apuntes «tienen mayor densidad lógica que sus manifiestos publicitarios, a través de los cuales se consigue un concepto inadecuado por su profundidad y penetración filosóficas» (p. 3). El problema que plantea esta opinión de Russell es grave, por lo que a nosotros nos incumbe, sólo en aquellos casos en los que se produce una confluencia temática entre los manuscritos y las obras públicas, ya que no cabe enfrentamiento cuando los manuscritos se refieren a asuntos sobre los que Leibniz no llegó a publicar obra ninguna. Ahora bien, incluso en estos términos restringidos y si las cosas son efectivamente como las plantea Russell, entonces es obvio que habríamos de revisar el juicio arriba sostenido sobre la relatividad de los inéditos, confiriéndoles, por el contrario, el valor de fuente preferente en nuestra lectura de Leibniz. Sin embargo, mi impresión es que el planteamiento russelliano ha confundido dos perspectivas, que son distintas entre sí y que deben discriminarse en rigor. Una cosa es, en efecto, que Leibniz haya utilizado en sus obras publicadas un tipo de argumentaciones más populares que en sus notas de despacho, y otra muy diferente que haya de preferirse la secuencia argumental de tales notas, cuando éstas divergen de modo notorio de los argumentos expresados en sus publicaciones. El fondo del asunto me parece ser el que sigue: 1) Cuando Russell habla de «apuntes perdidos

Naturalmente, cuanto se acaba de decir pone bien de manifiesto la trascendencia que, no sólo para el editor, sino para la misma utilidad de los inéditos, tiene la *cronología*. Es preciso insistir en que la única manera de hacer aprovechables en toda su extensión los opúsculos inéditos es situarlos en su contexto histórico, proceder con ellos diacronicamente. Pero este criterio es válido también para las obras publicadas (y la correspondencia) y para las relaciones entre estas últimas y los inéditos. Como recuerda con toda razón Couturat, «¿cómo separar la

entre los manuscritos de Leibniz», en realidad se refiere *unicamente* a aquellos que acentúan la concepción analítica de la sustancia (de coformidad con el contenido de la *Correspondance avec Mr. Arnauld*), como lo demuestra, fuera de toda duda, el Apéndice textual con que Russell cierra su obra (pp. 205-299 de la edición de 1937); 2) este mismo punto de vista es el usado de un modo sistemático por COUTURAT en su publicación de inéditos de 1903; no obstante, 3) ni Russell conoció los manuscritos de Hannover ni los *Opuscules* de Couturat significan otra cosa que una selección de textos según unos intereses bien definidos (cfra. lo que señalaré a este respecto, *infra*, en pp. 297 ss.); mientras que, a decir verdad, 4) muchos otros manuscritos potencian líneas argumentales distintas a las utilizadas por Russell —piénsese, *v. gr.*, en los publicados por BARUZI (1905) o por GRUA (1948)—, algunos de los cuales justifica, por su parte, las argumentaciones de las obras públicas *justamente en aquellos puntos en que éstas difieren de los manuscritos más sensu stricto lógicos*. Todo esto viene a decir no otra cosa, en definitiva, sino que los manuscritos reproducen la misma variedad y heterogeneidad de argumentaciones que ya se observa en las obras publicadas. Y que no es, por ello, necesario pensar, ni en la ocultación consciente de Leibniz de algunos de sus argumentos, ni tampoco, en consecuencia, en una preferibilidad de los manuscritos como fuente de interpretación. En todo esto, la hipótesis más plausible es que Leibniz no siempre ni en todos los casos ha tenido interés en comunicar algunos de sus razonamientos o reflexiones, sea por su no pertinencia para el asunto de que trata o por su provisionalidad y falta de una adecuada matización, sea también, sencillamente, por ese cierto elitismo moral, que yo interpreto como misantropía y que es tan común a muchos autores del s. XVII. Véase, en ambos sentidos, dos textos suficientemente distanciados, que escojo al azar entre los muchos en que Leibniz se ha referido con plena conciencia a la cuestión: 1) *De Stylo philosophico Nizolii*, 1670: «Quod eorum (philosophorum) non potest usquequaque improbari, neque enim omnia omnibus prostituenda sunt, et qui postea philosophi artium, medicae inprimis et mathematicae mysteria in vulgus exire passi sunt, rem a prudentia civili alienam fecerunt» (E, 64 b); 2) *A Bayle* 1702?: «Je n'écris pas tant pour paroistre, que pour approfondir la verité, qu'il est souvent inutile et même dommageable de publier par rapport à des profanes, qui son incapables d'en juger et fort capables de la prendre de travers» (GP. III, 66-67).

Carta a Huygens de 8 de septiembre de 1679 de su *Apéndice* o de la *Característica geométrica*³², de la que aquélla constituye un resumen? ¿Cómo separar la correspondencia con Arnauld y el Landgrave del *Discours de Metaphysique*³³ que sirve de base a su discusión?»³⁴. El hecho es indiscutible: si lo publicado por Leibniz es sólo el 10 por 100 de su obra completa y si los inéditos, en mayor o menor grado, son obra *in fieri*, obra que hay que relacionar con la evolución productiva del filósofo, entonces el único criterio científico y objetivo que puede aplicarse a la presentación y estudio de los escritos leibnizianos es el criterio cronológico. «Pues sólo este criterio —vuelvo a citar a Couturat— respeta las conexiones naturales y genéticas que existen entre las diversas producciones de Leibniz»³⁵.

Ahora bien, he aquí el tercer grave problema de la obra leibniziana: *la cronología*. Es inevitable acudir de nuevo a los números. Sólo una pequeña cantidad, acaso ni siquiera el 10 por 100, de los opúsculos no publicados por Leibniz tienen fecha segura o fácil de establecer. Para el resto la fecha es o simplemente conjeturable o desconcertante en absoluto; y buena prueba de ello son las contradicciones en que han incurrido los editores³⁶. Es verdad que, a cambio, conocemos la cronología de la mayor parte de las cartas y, cómo no, de la obra publicada por Leibniz³⁷. Merced a ello, a base de las referencias y avisos que se contienen

³² Los dos últimos, inéditos a la muerte de Leibniz. Fueron publicados, por primera vez, respectivamente, por KOENIG, Leiden, 1752 (p. 88), y GERHARDT, GM, V, 141-67.

³³ Asimismo, inédito a la muerte de Leibniz. Fue publicado por GROTEFEND, en 1846. Cfr. *Briefwechsel zwischen Leibniz, Arnauld und dem Landgraven E. von Hessen-Rheinfels*, Hannover, 1846, pp. 154-92.

³⁴ C, XII (Preface).

³⁵ C, *ibid.*

³⁶ Por poner un ejemplo, confróntense las razones que aduce ERDMANN (Prefacio, p. XXV) para situar el ensayo *De la Sagesse* en la última etapa de la filosofía de Leibniz, con las que expresa COUTURAT (*La logique de Leibniz*, VI, p. 180) para fecharlo en el período de juventud.

³⁷ Respecto a esta última, Leibniz confiesa, no obstante, que, en ocasiones, entre la redacción y la edición de alguna de sus obras han existido considerables diferencias de tiempo. Este hecho no altera, ciertamente, la cronología básica de las obras publicadas por el propio Leibniz, pero es un dato que debe tenerse muy en cuenta cuando se trata de las obras publicadas por sus contemporáneos. Véase, a este respecto, RAVIER, *cit.*, páginas 115-18.

en dichas obras y, lo que importa más, a base de análisis internos, tanto filológicos como temáticos, puede establecerse una cronología relativa de carácter general³⁸. Sin embargo, aparte de que este procedimiento entraña muchas dificultades cuando se aplica a los casos particulares, no es preciso decir que, además, supone un trabajo de tal magnitud que ha constituido un obstáculo insalvable, no sólo —reconocidamente— para los editores de Leibniz, sino también —y no tan reconocidamente— para sus intérpretes. Un poco más abajo nos ocuparemos de ambas cosas con detalle.

De modo complementario a la cuestión de la cronología se nos presenta el cuarto problema de los que contiene la obra leibniziana. Me refiero a la *dispersión* de los inéditos y de muchos paquetes de la Correspondencia. Aunque en nuestro siglo la búsqueda y hallazgo de manuscritos de Leibniz ha tenido carácter exhaustivo, nadie podría asegurar que disponemos por fin del repertorio íntegro. Antes bien, podemos asegurar justamente lo contrario, dado que ni la distribución de bibliotecas es ahora la misma que en el siglo XVII ni, por otra parte, es fácil determinar el destino de las bibliotecas particulares de los corresponsales de Leibniz³⁹. De hecho, no pasa nunca mucho tiempo sin que alguien dé a conocer la existencia de nuevos escritos de nuestro autor. Y aunque, ciertamente, la posibilidad de que se produzcan hallazgos revolucionarios es, hoy por hoy, sumamente improbable, tampoco puede descartarse que aquéllos de los que ya tenemos noticia o de los que puedan producirse en el futuro nos obliguen a revisar, siquiera sea parcialmente, algunas de nuestras ideas

³⁸ Los criterios para esta cronología relativa requieren, de todos modos, una más estrecha colaboración entre filólogos (análisis de la filigrana de los manuscritos, tipos de letra, etc.), historiadores (análisis de las referencias a sucesos políticos, indicaciones biográficas, literarias, etc.) y filósofos (análisis temático, evolución del sistema y del vocabulario, etc.). Una colaboración de este tipo ha permitido a GRUA fechar por aproximación la casi totalidad de los inéditos publicados por él en 1948. Para más datos, véase, más tarde (p. 302), la reseña de su edición.

³⁹ Particular importancia a este respecto han tenido las destrucciones de las últimas dos guerras mundiales. Aunque la Biblioteca Provincial de Hannover no sufrió daños, una parte de los manuscritos en poder de la Comisión editorial parece haberse perdido en los bombardeos sobre Berlín de 1945. Este dato, sin embargo, a que se refiere GRUA en el prólogo de su *Textes inédits*, de 1948, no lo he visto referido posteriormente en los sucesivos comunicados de la *Preussische Akademie*.

sobre la obra leibniziana o a modificar aspectos más o menos sustantivos de nuestros cuadros cronológicos.

Dé todos modos, el problema de la dispersión no afecta sólo a la inseguridad sobre el volumen de escritos que forman la obra de Leibniz ni tampoco a las dificultades que acarrea su búsqueda en bibliotecas y archivos. El verdadero núcleo del problema afecta más bien a las cuestiones concernientes a la catalogación y al sistema de publicación de los inéditos. Como vamos a ver en el apartado 2.2 de este epígrafe, sólo disponemos de catálogos completos y científicamente rigurosos para los períodos de 1646-72 (Ritter, 1908) y 1672-76 (Rivaud, 1914). Al intérprete, pues, que esté interesado en alguna obra posterior a estas fechas, o, simplemente, que necesite conocer la secuencia —sea cronológica o temática— de la totalidad o de una parte de los escritos leibnizianos, no le cabe otro remedio que acudir o a catálogos inseguros o a fuentes indirectas o, materialmente, a las publicaciones y recensiones sobre los nuevos hallazgos. Es verdad que el archivo más importante de los inéditos leibnizianos, o sea, el que se guarda en la Biblioteca provincial de Hannover, dispone ya desde hace tiempo de catálogos (Bodemann, 1895 y 1898), de modo que es posible la integración de la mayoría de las obras de Leibniz. Pero, aparte de que el catálogo de Bodemann contiene muchos errores no siempre corregidos y que además es incompleto⁴⁰, obviamente no recoge otras obras que las depositadas en la Biblioteca de Hannover, con lo que no sirve de mucho para resolver el problema de la dispersión. Como tampoco lo pueden resolver las diversas publicaciones de inéditos que se han producido en nuestro siglo, ya que, como resultará claro cuando analicemos las correspondientes ediciones, su interés se ha centrado en dar a conocer nuevas obras del autor —incluso a menudo con un carácter monográfico—, más bien que en propiciar fórmulas de integración y ordenación de los diferentes manuscritos leibnizianos. Por lo demás, ni siquiera es viable el largo y dificultoso camino de acudir a todas las ediciones disponibles para hacerse con un repertorio completo y con una secuencia cronológica ordenada, puesto que ni los papeles de Hannover están publicados íntegramente ni todos los últimos hallazgos se

⁴⁰ Por lo demás, su metodología es no poco confusa. Véase después, en el apartado 2.2., p. 289 y nota 52.

han convertido tampoco en nuevas publicaciones. En suma, la dispersión es, hoy por hoy, un problema insalvable que no podrá resolverse más que en el marco de un catálogo general completo o en el de esa edición definitiva que nunca acaba de salir. Y, mientras tanto, sólo cabe refugiarse en aproximaciones más o menos ponderadas, pero faltas, desde luego, del necesario rigor.

Para concluir, el quinto y último problema que me parece importante reseñar (y que no sería el último, desde luego, en una consideración más exhaustiva y menos general que la presente), se refiere a lo que se ha llamado la *fisonomía* de los manuscritos leibnizianos, es decir, a la notación particularmente compleja con que se presentan al lector. Leibniz escribía, en efecto, sobre la página derecha de un folio doblado en dos. La página izquierda, que, de este modo, quedaba libre, era utilizada para correcciones, adiciones o párrafos alternativos que, por sus características (forma de la letra, calidad de la pluma, tinta, etc.), podemos a veces determinar como contemporáneas o posteriores a la redacción original del texto. Con frecuencia también y utilizando para ello el margen superior derecho, normalmente al principio o al fin del opúsculo de que se trate, el filósofo introducía notas marginales, a veces de un interés extraordinario, en las que daba cuenta o de la impresión que el escrito le merecía⁴¹, o de las circunstancias por las que había sido redactado⁴². En otras ocasiones, estas notas contienen datos cronológicos⁴³, o bien son añadidos de carácter general, unas veces aclaratorios y otras simplemente complementarios⁴⁴. Tampoco es infrecuente la existencia

⁴¹ Caso ya citado de las *Générales Inquisitiones*, de 1686. C, 356.

⁴² Véase un ejemplo importante en el opúsculo *Quod Ens Perfectissimum existit*, GP, VII, 262, que, sin embargo, no ha sido advertido por GERHARDT. La nota marginal comienza: «Ostendi hanc ratiocinationem D. Spinosae, cum Hagae Comitatus essem, qui solidam esse putavit..., etc.»

⁴³ Este es el caso de los diferentes proyectos de cálculo de 1679. No hay que ponderar la utilidad de estas notas marginales, dado que, gracias a ellas, podemos establecer el orden cronológico de los diferentes cálculos lógicos ideados por Leibniz y establecer así un marco comparativo de su progresión. Cosa, ciertamente, que no podemos hacer con otras importantes empresas del filósofo.

⁴⁴ Los ejemplos en este sentido son muchos y resultaría inútil citar unos con preferencia a otros. No obstante, por su particular importancia, puede verse la nota que precede al *De natura veritatis*, C, 401; o al *Tentamen Anagogicum*, GP, VII, 277, que GERHARDT ha situado a pie de página e intercalada en el texto.

de dos o más copias de un mismo opúsculo, escritas por el mismo Leibniz o por alguno de sus secretarios, en las que, sobre variantes de palabras o de frases completas, aparecen también párrafos nuevos; párrafos de los que otras copias carecen, pero que, por supuesto, deben ser considerados como parte de la misma obra⁴⁵. Y todavía podrían citarse otros problemas como es el de la puntuación extremadamente fantásica de los manuscritos —en especial, los latinos—, cuya reconversión a un sistema más correcto plantea no pocas dificultades de matiz o, incluso en ocasiones, dudas importantes sobre la lectura que en algún párrafo concreto deba establecerse.

No hace falta decir que el conjunto de todos estos pormenores convierte los manuscritos leibnizianos en una especie de madeja laberíntica, cuya reproducción lineal acarrea profusas dificultades filológicas. Por lo común, el procedimiento seguido por los editores del siglo XIX fue el propio de la gran escuela crítica alemana; es decir, el que consiste en fijar un texto —a base de proponer una *lectio* homogénea— y señalar en nota, cuando así resulta oportuno, los párrafos añadidos y las principales variantes. Ahora bien, esta forma de trabajo debe confesarse que se ha mostrado por completo ineficaz para las obras de Leibniz. Primero, porque no permite seguir el proceso creativo que la imagen de los manuscritos proporciona: se ha dicho muy gráficamente que las frases leibnizianas se desarrollan por *intussusception*⁴⁶, a la manera de una mónada que despliega sus virtualidades, de modo que la presentación homogeneizada de un texto cualquiera, sin el conjunto de adiciones que nacen precisamente *en el interior de ese texto*, impide hacerse cargo de uno de los datos más interesantes a que podemos asistir en la lectura del filósofo; esto es, a la génesis concreta de su pensamiento en tanto que plasmada en la génesis de su obra intelectual. Pero hay también un segundo motivo que indica la ineficacia del procedimiento clásico y que alude a un fenómeno tanto o más sugerente todavía: las sustituciones y las tachaduras —estas últimas

⁴⁵ Compárense los dos manuscritos del *Origo Veritatum contingentium* (C, 1-2 y 3), en donde el manuscrito clasificado por BODEMANN como THEOL., VI, 2, f, 12 contiene dos importantes proposiciones más que el manuscrito *Id.*, f. 11.

⁴⁶ Citado por COUTURAT, C, p. V (Preface), quien refiere la metáfora a «une de nos maîtres».

no recogidas nunca, según los dogmas del editorialismo clásico— sirven a menudo para comprender las causas sociales e históricas que invitaron a Leibniz a preferir un tipo de expresión sobre otros, ya previamente anotados, y cuya intencionalidad, en último extremo, sólo estos últimos son capaces de descubrir⁴⁷. En este sentido también, la presentación de un texto colado y homogéneo, en el que no se da cuenta de los términos y párrafos sustituidos y en el que las variantes se anotan como ajenas a la secuencia del propio texto, constituye más un factor de confusión que de clarificación.

Ciertamente, la constancia de todos estos defectos ha llevado a los editores del siglo xx a proponer una nueva técnica editorial, que corrige las principales deficiencias apuntadas, pero que, como es obvio, no podrá ser extendida al conjunto de las obras de Leibniz mientras no termine de publicarse su edición completa. Dicha técnica, por otra parte, tampoco está libre, en opinión mía, de algunas necesarias matizaciones. Conviene, pues, señalar en qué consiste. Desde la publicación de inéditos (1903) de Couturat —de quien también proceden, en buena parte, las críticas editoriales recogidas más arriba—, suele utilizarse un conjunto de signos para distinguir los términos o párrafos añadidos (<...>), los borrados ([...]) y las notas marginales ({...}). Estos signos tienen la virtualidad de presentar *en el interior del texto* las ampliaciones y modificaciones que el propio Leibniz ha ido introduciendo; y, sin cambios esenciales, han sido recogidas por los principales editores de nuestro siglo, así como también por los volúmenes ya publicados de la Academia. No voy a extenderme, claro está, en las ventajas que esta técnica proporciona, ya que, por sí sola y a base de un mecanismo extraordinariamente simple, consigue reintroducir todo aquello que el procedimiento de colación clásico dejaba fuera. Sin embargo, me parece que también pueden señalarse algunos defectos a esta técnica y que no el menor de ellos afecta precisamente a la visualidad que se pre-

⁴⁷ Un ejemplo, acaso el más conspicuo, lo proporciona, como tan oportunamente ha advertido COUTURAT (cfr. C, V, nota 2), el fragmento *Phil.*, V, 8, g, en el que las referencias a las riquezas de algunos eclesiásticos ha sido exquisitamente tachada en una redacción posterior y sustituida por una discreta apelación a *pauci homines sed selecti* (C, 96). Igualmente son muy instructivas las varias sustituciones de *emanare*, término de claras resonancias spinozianas y panteístas, por *profluere*.

tendía con su aplicación. En primer lugar, las tachaduras introducen elementos distorsionadores en la sintaxis y en la puntuación —a menudo, en efecto, las sustituciones son más largas o más cortas que lo sustituido—, que pueden evitarse por el procedimiento clásico de poner dichas tachaduras en nota al pie de página, con la única condición de que el editor se obligue a consignarlas. De este modo, sin perderse la visualidad, el lector no se vería obligado, sin embargo, a realizar lecturas innecesariamente forzadas. En cuanto a los vocablos y párrafos añadidos, el procedimiento couturiano es perfecto, si bien su utilización sistemática no debería absolver, como acontece ahora, a la apostilla crítica sobre las características de lo añadido (adición o corrección, simultáneo al texto o claramente de diferente fecha, etc.). Por último, las notas marginales deben visualizarse también como tales notas marginales, extremo éste que queda confuso en la técnica couturiana, dado que, al introducirlas linealmente en el texto, se proponen al mismo nivel que el resto de los párrafos, violentando de este modo la función o, cuando menos, la presentación que tuvo a bien darles el propio Leibniz⁴⁸. Una técnica más fina a este respecto es la que procede de Grua⁴⁹, quien, aparte de utilizar un signo más gráfico (+...+), escribe en itálicas su contenido. Pero aún me parece que podría mejorarse, utilizando para ello el procedimiento bien conocido (y que coincide literalmente con el empleado por el filósofo) de escribir dichas notas, en caracteres más pequeños, en el margen correspondiente de las páginas, utilizando entonces el otro margen para anotar el número de folio y línea que coincide con el manuscrito y las demás advertencias usuales. Para concluir, resultaría también muy oportuno que la puntuación fuera revisada y mejorada en todas las ocasiones. En general, no conozco ninguna edición que en este sentido no sea deficiente, y un criterio de prudencia debería demandar la colaboración de los filólogos, a fin de que el reparto de comas, puntos y demás signos pueda beneficiarse

⁴⁸ Aparte de que, cuando se trata de notas añadidas en medio del texto, se producen dudas sobre el lugar exacto en que tales notas deben intercalarse. La edición de COUTURAT está repleta de dichas dudas. Véase, por ejemplo, *la división de la Philosophie* (C, 524-29), en donde haciendo preceder la nota marginal de la p. 527 al párrafo anterior se obtiene una lectura más adecuada.

⁴⁹ GRUA, p. VIII (Signes).

de los avances conseguidos en la puntuación de textos antiguos, sin que sirvan, como al presente, más de obstáculo que de vehículo de fluidez.

* * *

Hasta aquí los cinco problemas generales que, si no los únicos —como ya he dicho—, sí me parecen los de mayor importancia para hacerse cargo de las enormes dificultades materiales que contienen las obras de Leibniz. En los próximos epígrafes vamos a estudiar y a ponderar críticamente las principales ediciones en que se recogen dichas obras. Pero conviene no perder de vista la estrecha e inevitable correlación entre aquellas dificultades y la naturaleza de estas ediciones. Ya nos hemos referido a ello más arriba. Nuestras ediciones, ciertamente, constituyen un conjunto de instrumentos demasiado complejos para que en rigor sean útiles y, lo que es más grave todavía, demasiado desiguales para que no se introduzcan en su empleo factores de desconfianza y de perturbación. Pero, si ello es así —y veremos que, sin duda, lo es—, una buena parte de la responsabilidad debe achacarse a los propios condicionantes objetivos que aquellas ediciones han tenido que arrostrar. *Raro posthuma recte eduntur*, había escrito nuestro filósofo a Placcius con acertada premonición⁵⁰. En todo caso, esa premonición era no sólo acertada, sino también culpable.

2.2. *Repertorios y catálogos de las obras de Leibniz.* *Principales ediciones*

Nos hemos referido ya, en bastantes ocasiones, a la ausencia de una edición de conjunto que recoja la totalidad de los escritos leibnizianos y haga frente con criterio unificado a la suma de sus dificultades. El intento más serio en este sentido, pero, como también sabemos, lamentablemente incompleto todavía, es el emprendido a instancias de la Asociación Internacional de Academias y confiado, en su sesión de 16 de agosto de 1901, conjuntamente a la *Académie de Sciences Morales de Paris* y a la *Preus-*

⁵⁰ A Placcius, 25 de junio de 1695. DUT. VI, I, 70.

sische Akademie der Wissenschaften. Diversas circunstancias —y la principal de todas, el estallido de la guerra de 1914-18— dieron como resultado una serie de detenciones y retrasos sobre el calendario previsto, así como el abandono de la empresa por parte de la Academia de París. El título de esta magna obra es *G. W. Leibniz. Saemtliche Schriften und Briefe*, hrsgg. von der Preussischen Akademie der Wissenschaften, Darmstadt, 1923 y siguientes (citada, como ya se sabe, en este trabajo por las siglas SS). En la actualidad, de los cuarenta volúmenes proyectados, han salido a la luz los siguientes:

- I SERIE: Epistolario general, histórico y político. *Volúmenes 1-6* (1668-1691).
- II SERIE: Epistolario filosófico. *Volúmenes 1-2* (1663-1685 y 1686-1695).
- IV SERIE: Escritos políticos. *Volúmenes 1-2* (1667-1685).
- VI SERIE. Escritos filosóficos. *Volúmenes 1-2* (1663-1672 y 1673-1676); *6* (*Nouveaux Essais*); y *7* (*Théodicée*).

Nada se ha publicado —que sepamos— de las series III (Epistolario matemático y científico), V (Escritos históricos) y VII (Escritos matemáticos y científicos).

La edición de la *Preussische Akademie* supone, por supuesto, el ensayo más solvente y definitivo para fijar el entero corpus leibniziano. Con todo, su metodología no está libre de críticas. Dicha metodología responde, en efecto, a un doble criterio, sistemático (elaboración de las series) y cronológico (sucesión de los volúmenes dentro de las series). Probablemente, el uso de un orden de clasificación sistemático era en alguna medida inevitable, dada la complejidad de los escritos leibnizianos. Sin embargo, no creo que fuera necesario usar de él como elemento organizativo en la distribución de las obras y menos me parece todavía que sus ventajas sean superiores a sus inconvenientes. ¿Cómo decidir, en efecto, en muchos casos lo que es filosófico, científico o jurídico? ¿Pueden distinguirse las investigaciones sobre el infinito matemático de la distinción entre Verdades de Razón y de Hecho? ¿Es la lógica de lo *presunto* un tema únicamente jurídico o afecta por modo decisivo a la lógica —en sí— de lo real y, por tanto, a la teoría de la ciencia? Nuestra opinión es, desde luego, que debe darse un rotundo mentís a estas distin-

ciones. Pero aún hay más. Opúsculos como el *Nova Methodus discendae docendaeque Jurisprudentiae* han sido clasificados, naturalmente, como escritos jurídicos; ahora bien, ¿cabe alguna duda sobre su importancia en la génesis y configuración de la Enciclopedia? ¿Y el *Protogaea*? ¿No se ha clasificado —muy razonablemente— entre los estudios científicos, aunque sabemos que era el Prólogo a la «Historia de la Casa de los Brunswick»? Los ejemplos podrían centuplicarse, como sabe cualquier conocedor de Leibniz. Y todos ellos abocarían a la falta de fronteras sistemáticas —al menos, de fronteras rígidas—, posibles de establecer entre los diversos escritos leibnizianos; con lo que, por otra parte, no se haría más que confirmar las propias argumentaciones del filósofo, expresadas en los *Nouveaux Essais*, IV, XXI, según he consignado en un reciente trabajo⁵¹.

Todos estos reparos no son, por lo demás, de ninguna manera nuevos. Fueron ya hechos cuando aún había oportunidad de que sirvieran a una diferente estructuración del corpus leibniziano, como puede comprobarse leyendo las págs. X-XIV de los *Opúscules* de Couturat o el artículo de Rivaud que más abajo citamos. Existía, de otra parte, el antecedente —por tantas causas ejemplar— de la edición de las obras de Descartes realizada por Adam-Tannery, e, incluso sin salir de Leibniz, el de la edición de Erdmann. Y, aunque es cierto que los escritos leibnizianos están aquejados de esa extrema complejidad a que antes nos referíamos, cabía en todo caso transponer la clasificación sistemática a un volumen de índices, con mayor aprovechamiento que el que reporta ahora la confusa metodología de las series. Pero, sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la edición de

⁵¹ Cfr. *Ciencia e historia. El concepto de historia de la filosofía y la estructura relacional de la epistemología leibniziana*, Madrid, Ed. Cátedra, en prensa. El texto a que me refiero dice lo siguiente: «L'ancienne division (de la ciencia: Física, Moral y Lógica) va fort bien, pourveu qu'on l'entend comme je viens d'expliquer ces dispositions', c'est à dire, non pas comme des sciences distinctes, mais comme des arrangements diverses des mêmes verités, autant qu'on juge à propos de les repeter» (GP, V, 507). La misma idea se repite en muchas ocasiones, señalando la arbitrariedad de las divisiones sistemáticas. Por ejemplo, en la *Introductio ad Encycl. arcanam*, se lee: «Non multum interest quomodo Scientias partiaris; sunt enim corpus continuum quemadmodum Oceanus» (C, 512). Cfr., en el mismo sentido, *Nouv Ess.*, IV, xxi (GP, V, 505); *Théod.* § 9 (GP, VI, 107); BOD. 82; BOD. 113, etc.

la *Preussische Akademie der Wissenschaften* constituye el monumento definitivo que, si algún día llega a concluirse, acabará con el conjunto de problemas que plantean las obras de Leibniz y sobre el que, por ello mismo, deberán apoyarse en el futuro inevitablemente los estudios sobre el autor.

En espera de que llegue ese momento, el único modo con que, hoy por hoy, nos es dado conocer las obras todavía inéditas de Leibniz y —lo que importa más— integrar las que ya están publicadas, pero dispersamente, en las distintas ediciones disponibles, consiste en referir todas esas obras a los catálogos y repertorios bibliográficos existentes. Los más útiles de éstos siguen siendo los de Bodemann, *Die Leibniz-Handschriften der Koeniglichen Oeffentlichen Bibliothek zu Hannover* (Hannover, 1895) y *Der Briefwechsel des G. W. Leibniz in der Koen. Oeff. Bibl. zu Hannover* (Hannover, 1898). La característica más reseñable de estas obras —aparte de que se centran con exclusividad en los escritos conservados en la Biblioteca de Hannover— es su intento de clasificación cronológica, lo que, en el caso de los manuscritos, tiene una importancia fundamental. Por otra parte, y también con respecto a los manuscritos, Bodemann ha ideado una clasificación sistemática que, de alguna manera, recoge la labor realizada en este sentido por el propio Leibniz⁵². Sin embargo, ambas clasificaciones contienen no pocos elementos criticables y, particularmente en la cronología, los errores de que tenemos constancia son muchos y, a menudo, graves; además de que algunas dudosas atribuciones se han hecho en virtud de presupuestos metodológicos periclitados, muchas veces sostenidos sobre simples prejuicios nacionalistas. Para completar y corregir los repertorios de Bodemann —aparte de por su valor intrínseco— la mejor fuente son los catálogos mandados hacer por la Academia de Berlín con motivo de la edición de las obras de Leibniz; aunque, lamentablemente, sólo cubren el período de 1646-76. Tales

⁵² Dicha clasificación se atiene a la inserción de los diversos manuscritos bajo los títulos o rúbricas siguientes: THEOL. (Theologie), PHIL. (Philosophie), JUR. (Jurisprudenz), POL. (Politik), BRIEFW. (Briefwechsel). Tal sistema responde, ciertamente, en alguna medida, a lo realizado por LEIBNIZ o por sus secretarios, que guardaban los manuscritos en carpetas precedidas de un título general. No obstante, tal clasificación histórica no fue realizada con ningún tipo de criterio riguroso. Y la de BODEMANN, por su parte, contiene inclusiones inexplicables como la de tildar de THEOLOGIE el *Origo veritatum contingentium*. Añádase un larguísimo etcétera.

catálogos son el de Ritter, *Kristischer Katalog der Leibniz-Handschriften, zur Vorbereitung der Leibniz-Ausgabe*, I. Heft (1646-1672), Berlín, 1908, y el de Rivaud, *Catalogue critique des manuscrits de Leibniz*, fasc. II (1672-1676), Poitiers, 1914. (De este último autor, y como medio de acceso a las dificultades, tanto de las obras de Leibniz como de su catalogación, resulta muy interesante el artículo a que más arriba he aludido y cuyo título es *La préparation du catalogue critique et chronologique des oeuvres de Leibniz*, *Journal des Savants*, julio-agosto de 1906, páginas 370-89 y 431-41.) De los escritos no archivados en la Biblioteca de Hannover —y que, naturalmente, ya figuran en los catálogos de la Academia de Berlín hasta 1676— existen no menos de treinta repertorios⁵³, cuya reseña puede consultarse en K. Müller, *Leibniz-Bibliographie. Verzeichnis der Literatur über Leibniz*, Frankfurt am Main, Klostermann V., 1967, pp. 3-7. Para un análisis crítico —generalmente lúcido— de las grandes ediciones leibnizianas publicadas hasta 1842 sigue siendo imprescindible la lectura de la 1.ª parte del tomo I de Gurhauer, *G. W. Freiherr von Leibniz: eine Biographie*, Breslavia (2 vols.), 1842⁵⁴. El libro más útil y más completo para una información sobre las diversas publicaciones de obras de Leibniz desde el siglo XVII a nuestros días es el de Ravier, *Bibliographie des oeuvres de Leibniz*, Hildesheim, Olms V., 1966 (Reprografischer... París, 1937), que contiene también, como ya sabemos, una importante cantidad de datos sobre las dificultades históricamente surgidas por la edición de las obras de Leibniz. Un análisis crítico del libro de Ravier, con indicación de correcciones y añadidos, puede verse en el artículo de P. Schrecker, *Une bibliographie de Leibniz*, *RPhFE*, 63, 1938, páginas 324 ss. Y en fin, para completar la información sobre las obras de Leibniz publicadas entre la aparición del libro de Ravier (1937) y 1958 —no tengo noticia de ninguna obra de estas características con posterioridad a esta fecha— resultan muy intere-

⁵³ Por lo general, son bastante desiguales, aunque alguno de ellos, como el dedicado por SCHRECKER a los escritos leibnizianos de Varsovia, resulta espléndido. Cfr. *Leibniz: lettres et fragments inédits sur les problèmes philosophiques, théologiques, politiques de la réconciliation des doctrines protestantes (1669-1704)*.—*Manuscrits dans le Bibliothèque Nationale de Varsovia*, París, Alcan, 1934.

⁵⁴ A su vez, para un análisis de este libro en cuanto que sigue constituyendo la biografía más completa del filósofo, véase luego epígrafe 3.1.

santes algunas anotaciones del artículo de Rochot, *Nouveaux travaux sur Leibniz*, Revue de synthèse, París, 9-10, 1958, páginas 146-49.

Pasemos ahora a las principales ediciones de Leibniz, bien entendido que, como es obvio, no se trata de reproducirlas todas, sino sólo aquellas que, aparte de generales (y más o menos disponibles) son por una u otra causa complementarias entre sí. Me parece importante reseñar que todas estas ediciones tienen un rasgo común, aunque no sea más que negativo: me refiero al carácter divergente que afecta no sólo a sus criterios de selección, sino también a la metodología con que agrupan y presentan los textos. En este sentido es en el que llamo complementarias a estas ediciones, ya que no es posible prescindir de ninguna de ellas ni para tener un conocimiento extensivo de las obras leibnizianas, ni tampoco para hacerse cargo de las principales variantes textuales, agrupamientos temáticos y secuencias cronológicas que pueden establecerse respecto de tales obras:

Entre las ediciones del siglo XVIII que todavía hoy es preciso citar figuran la de Raspe, *Oeuvres philosophiques latines et françaises du feu Mr. de Leibniz*, Amsterdam-Leipzig, 1765, que, por ser edición príncipe de los *Nouveaux Essais*, resulta inexcusable para fijar un texto sobre el que algunos estudiosos posteriores —y, en especial, Erdmann y Gerhardt— han mantenido fundamentales desacuerdos⁵⁵; y la de Dutens, repartida en seis volú-

⁵⁵ Para comprender estos desacuerdos debe tenerse en cuenta la historia del manuscrito leibniziano. Como se sabe, Leibniz renunció a publicar sus *Nouveaux Essais* al tener noticia de la muerte de Locke, en 1697. (Cfr. A. BURNETT, 24-8-1697; DUT. VI, 263). No obstante, debido a diferentes presiones, accedió a su publicación en 1704, encargando la revisión del manuscrito a Hugony y Barbeyrac, quienes, en efecto, introdujeron numerosas correcciones en el Prefacio y en el primer libro de la obra. Tales correcciones fueron aceptadas por Raspe y posteriormente por Erdmann. Por el contrario, Gerhardt optó por transcribir el manuscrito original; lo que también hizo, citando a Gerhardt expresamente, Boutreaux. Este último justificó su elección indicando que los correctores le parecían «dans plus d'un cas n'avoir pas bien saisi la pensée de Leibniz et en avaient altérés l'expression» (cfr. *Leibniz: Nouveaux Essais...*, París, 1881, Avant Propos, p. II). Consúltese también RAVIER, *op. cit.*, pp. 174-76. Sin embargo, el deseo de Gerhardt-Boutreaux de respetar el manuscrito primitivo ha dado lugar al curioso despropósito de respetar también el desorden en que se encontraban sus páginas, lo que es especialmente grave, sobre todo en el libro I. En consecuencia, si bien el texto original es prefe-

menes, G. G. Leibniz. *Opera omnia nunc primum collecta, in classes distributa et indicibus exornata*, Ginebra, 1768, que aún sigue constituyendo texto único para una buena porción de obras y, principalmente, para interesantes series de correspondencia⁵⁶. Esta edición de Dutens tiene también una considerable importancia, por cuanto es el primer ejemplo histórico de un tipo de clasificación rigurosa y generalizadamente sistemática; lo que, a través del abate Emery⁵⁷ y, sobre todo, de Gerhart⁵⁸, ha influido de manera decisiva en la fijación de un método clasificatorio cuya última consecuencia, como ya sabemos, es la edición de la *Preussische Akademie*⁵⁹.

En cuanto a las ediciones del siglo XIX, no debe olvidarse lo que más arriba he señalado: esto es, su dependencia —si no de modo único, al menos en forma muy especial— de la gran escuela filológica alemana. En este sentido, conviene advertir que tales ediciones son en gran manera solidarias de un conjunto de trabajos previos que hoy están ciertamente preteridos, pero que en su día determinaron los intereses con que las obras de Leibniz

rible al corregido —y, en este sentido, debe seguirse la lectura de Gerhardt— para una lectura ordenada del texto resulta necesario acudir a las ediciones de Raspe-Erdmann. Este doble criterio, en fin, ha sido utilizado, con revisión del manuscrito, por la edición de la Academia, SS, VI, VI.

⁵⁶ Respecto de las obras, véase en especial (aunque no únicamente) las de las partes etimológicas y filológica (tomos V y VI). En cuanto a la correspondencia, los textos más interesantes corresponden a la serie de cartas cruzadas entre Leibniz y Placcius, Hinuberus, Siverus, Vegetius, desde 1690 a 1714. Un resumen de esta correspondencia había sido publicado por FELLER en 1718. Cfr. *Monumentum Ineditorum Variisque linguis conscriptorum*, Jena, 1718.

⁵⁷ Cfr. *Esprit de Leibnitz ou Recueil de pensées choisies sur la Religion, la Moral, l'Histoire, la Philosophie, etc.*, Lyon, 1772. Esta antología fue extraordinariamente influyente en Francia y muy citada hasta las grandes publicaciones de FOUCHER (1859-75) y JANET (1880). Cfr., para estas obras, *infra*, pp. 294 y 296.

⁵⁸ Ravier ha señalado perfectamente esta dependencia de la edición de Gerhardt respecto de la de Dutens. Véase en *op. cit.*, p. 319.

⁵⁹ Dutens había dividido, en efecto, su edición con arreglo a los siguientes rótulos: vol. I: TEOLOGIA; vol. II: FISICA Y METAFISICA; vol. III: MATEMATICA; vol. IV: HISTORIA Y POLITICA; vols. V y VI: FILOLOGIA. Si se tiene en cuenta que el tomo I se refiere a problemas más religiosos que estrictamente teológicos, sorprende la escasa incidencia de los escritos *sensu stricto* filosóficos en la edición de Dutens. Este hecho, como veremos más abajo, explica la aparición de ediciones monográficamente filosóficas en el s. XIX, en especial las de Erdmann y Gerhardt.

iban a asumirse, no menos que los métodos con que se pensaba afrontar sus dificultades. Fundamentales a este respecto fueron las aportaciones de Feder⁶⁰ y Pertz⁶¹, a quienes se deben los primeros análisis científicos sobre el corpus leibniziano y los primeros ensayos serios de catalogación. Y en cuanto a los intereses a que acabo de referirme, creo que pueden reseñarse por medio de dos características que no sólo explican, en conjunto, el panorama de las ediciones del siglo XIX, sino también, en detalle, el perfil de sus logros y sus defectos. Dichas características son, en primer lugar, el esfuerzo por recuperar el mayor número posible de obras inéditas, pero agrupándolas por series temáticas y escogiendo de entre éstas las que más hubieran sido descuidadas; y, en segundo lugar, el esfuerzo también por reproducir los escritos ya editados alguna vez, pero aplicándoles ahora los métodos de la crítica textual y los otros avances de la técnica filológica.

Situados, así pues, en este marco explicativo, las ediciones del siglo XIX, cuya cita resulta todavía hoy inexcusable —y por las diversas causas que van a proponerse—, son, en resumen, las que siguen. Las obras escritas por Leibniz en alemán, y cuyo contenido es, por lo común, de índole política o histórica, se encuentran recogidas en Gurhauer, *Leibniz's deutsche Schriften*, Berlín (2 vols.), 1838-40. Esta edición es muy importante para estudiar la biografía del filósofo y tuvo, por otra parte, el acierto de llamar la atención sobre el papel que, como literato y no sólo como pensador, corresponde a Leibniz en la historia de las letras alemanas. El interés por los escritos histórico-políticos domina también la edición de Klopp, *Die Werke von Leibniz gemaess seinem handschriftlichen Nachlasse in der Bibl. zu Hannover*,

⁶⁰ Cfr. *Alphabetisch-Kritisches Verzeichnis des noch in Manuscripten vorhandenen Leibnizischen Briefwechsels mit Gelehrten, Künstlern und Geschaefmaennern*. Fue publicado en el «Vaterlaendisches Museum», en 1810. El catálogo está realizado por orden alfabético de los corresponsales de Leibniz, empezando por la letra C.

⁶¹ Pertz fue el primer editor que intentó una publicación completa de los textos inéditos de Leibniz. Aunque su empresa no fue coronada por el éxito, resultaron muy importantes sus esfuerzos de clasificación cronológica de aquellas obras que sí llegó a editar. En cuanto a la división sistemática, se atuvo a los mismos criterios —y rótulos— que Dutens. Cfr. *Leibnizens gesammelte Werke aus den Handschriften der Koen. Bibl. zu Hannover*, Hannover, 1843, 45, 46 y 47. Un interesante juicio sobre esta obra se encuentra en GURHAUER: *Biographie*, II, ed. cit., pp. 92-99.

Hannover (10 vols.), 1864-80, que constituye, sin duda, punto de referencia imprescindible para los estudios jurídicos, históricos y diplomáticos, pero también —e inevitablemente, como ya sabemos— para muchas cuestiones filosóficas que se solapan en tales temas. Los opúsculos históricos y políticos se pueden completar, en fin —por lo menos en cuanto a las grandes ediciones— con las de Perz, *Gesammelte Werke*, Folge I. *Geschichte*. (Aus den Hanch. der Könn. Bibl. zu Hannover). Hannover, 4 Bände, 1843-1847, reeditada por Olms Verlag, Hildesheim, en 1966; y la de Foucher de Careil, *Oeuvres de Leibniz, publiées pour la première fois et d'après les manuscrits originaux*, París (7 vols.), 1859-75 (Reprografischer Nasdruck. Olms Verlag. Hildesheim-New York, 1969)⁶², que resulta fundamental para todas aquellas materias que se relacionan con los proyectos de reunificación de las iglesias, pacificación de Europa y actividades académicas y culturales. Del mismo Foucher de Careil —y ya con un interés estrictamente filosófico y teológico— no deben olvidarse las *Lettres et Opuscules inédits de Leibniz*, París, 1854, y las *Nouvelles lettres et Opuscules inédits de Leibniz*, París, 1857, en las que, por primera vez, se publicaron decisivas series de correspondencia (como las cursadas con Foucher, Fontenelle, Bayle y Arnauld), todas las cuales, sin embargo, han sido ya reproducidas por ediciones posteriores. No ocurre lo mismo con la *Réfutation inédite de Spinoza par Leibniz*, París, 1854, obra a la que cada día se concede una mayor trascendencia y para la que la edición de Foucher sigue siendo texto único.

Ya en este ambiente propiamente filosófico, la edición que, por su fecha, debe citarse en primer término y que, por su calidad, continúa siendo, a mi juicio, la mejor concebida de todas, es la de Erdmann, *G. G. Leibnitii Opera philosophica quae exstant latina, gallica, germanica omnia*, Berlín (2 vols.), 1840, de la que existe una reproducción fotostática en un solo volumen —Aalen, 1959—, que la ha convertido en una de las más accesibles actualmente. Para entender la génesis de esta obra no hay que perder de vista la negligencia y falta de rigor con que Dutens había

⁶² Los textos alemanes de esta edición aparecen cuidadosamente traducidos al francés por Foucher. Asimismo debe constatar que esta obra conoció una 2.ª edición —comenzada a aparecer en lo que al primer volumen se refiere— en 1867. La reproducción fotostática de Olms sigue el texto de esta 2.ª edición.

seleccionado los escritos filosóficos de Leibniz, como ya antes consigné en la nota 48. Pero su mayor importancia no procede del vacío que vino a ocupar, sino de sus criterios de selección y de su metodología de trabajo. Lo primero porque, aunque el repertorio de obras que recoge es ciertamente breve, ofrece, sin embargo, una muy perspicaz visión del conjunto del pensamiento de Leibniz, en la que se incluyen interesantes opúsculos lógicos, cuya importancia fue Erdmann el primero en comprender⁶³. Y lo segundo, porque, a pesar de algunas vacilaciones y errores, la edición de Erdmann es un ejemplo neto de presentación cronológica, lo que permite seguir, al menos en la modesta medida de las obras que contiene, el desarrollo efectivo —y no el que resulta de un agrupamiento artificial— de la filosofía de Leibniz⁶⁴. Mucho más completa, desde luego, por el número de escritos compilados, pero también mucho más defectuosa es la edición de Gerhardt, *Philosophischen Schriften von G. W. Leibniz*, Berlín (7 vols.), 1875-90, de la que también existe una reproducción fotostática que ha publicado Olms, Hildesheim, 1960. Los defectos de esta edición —nula crítica textual, agrupamientos artificiosos de la correspondencia, errores de cronología, pésimo sistema de anotaciones, arbitrariedad en la clasificación de los opúsculos, etc.— constituyen un lugar común entre los estudiosos de Leibniz, cuyos principales argumentos pueden consultarse en

⁶³ No obstante esto, la presentación textual que ofrece Erdmann es bastante deficiente, en muchas ocasiones más por culpa del propio estado de los manuscritos que por errores del editor. Véase la Introducción a las *Opera philosophica*, en la que ERDMANN da cuenta de las principales dificultades a que ha tenido que enfrentarse. Véase también RAVIER, *op. cit.*, página 307.

⁶⁴ Las indicaciones cronológicas contienen, sin embargo, frecuentes errores, motivados muchas veces por prejuicios nacionalistas. Un ejemplo curioso a este respecto lo proporciona la designación del Rey de Prusia (!) como destinatario del *Discours touchante la méthode de la certitude*, que, en realidad, fuera de toda duda, estuvo dirigido a Luis XIV. Ahora bien, como comenta COUTURAT (*La logique...*, pp. 146-47), «cette merprise n'aurait pas grande importance, si elle n'obligeait pas à reculer en consequence la date de ce morceau et de morceaux connexes jusqu'après 1701, ce qui bouleverse la chronologie des écrits de Leibniz et rend leur succession inintelligible». En general, las indicaciones cronológicas más erróneas se producen en los diversos fragmentos de la *Caractéristica Universal*, que Erdmann separa arbitrariamente. Véase, sobre este tema, la crítica de GURBAUER: *Biographie, ed. cit.*, I, pp. 43-44.

la obra citada de Ravier, pp. 319-23. Lo cierto es, de todos modos, que la edición de Gerhardt es insustituible para una buena parte de las obras de Leibniz y que esto, por sí solo, vale ya por toda una meditación sobre las dificultades hermenéuticas que produce su pensamiento.

Sin salir todavía del panorama filosófico y aunque no contiene ningún texto que no esté recogido en las ediciones recién citadas, merece, sin embargo, una mención especial la edición de Janet, *Oeuvres philosophiques de Leibniz*, París (2 vols.), 1886⁶⁵, no sólo porque es en sí misma excelente, sino, sobre todo, porque su influencia ha sido decisiva entre los estudiosos franceses de Leibniz. Esta obra, que debe su origen al ambiente de interés por nuestro filósofo que se vivió en la Francia de finales de siglo —Foucher, Boutroux, Hannequin, Brunschwig, Nourrison, etc.—, tiene un talante inequívocamente metafísico, que se manifiesta no sólo en la selección de textos, sino incluso en sus notas y comentarios. Es indiscutible, además; por las citas y referencias de una buena parte de la bibliografía francesa, su amplio marco de difusión, que se ha prolongado, a pesar de otras ediciones más modernas, prácticamente hasta nuestros días. Sea, pues, que Janet haya modelado de alguna forma la imagen francesa de Leibniz o, al contrario, que tal imagen haya favorecido la pervivencia de Janet, lo cierto es que nos encontramos con una intercorrelación editor-espíritu interpretativo que resulta altamente reveladora para nuestro análisis.

Por último, los escritos matemáticos y científicos de Leibniz están recogidos en la edición igualmente de Gerhardt, *Leibnizens mathematische Schriften*, Berlín-Halle (7 vols.; el III repartido en dos tomos), 1849-63, de la que Olms ha publicado asimismo una reproducción fotostática, Hildesheim, 1962. Esta obra, si bien denota una calidad superior a los *Philosophischen* —a los que precede en más de veinte años⁶⁶—, contiene, sin embargo, sus mismos defectos fundamentales. A pesar de lo cual es más insustituible todavía, dada la absoluta carencia de otras ediciones

⁶⁵ La 2.ª edición fue publicada en 1900, con la inclusión de la *Correspondance a Arnauld*. La diferencia de fechas entre la 1.ª y la 2.ª ediciones (solamente cuatro años) da una buena idea del impacto que produjo en Francia la edición de Janet.

⁶⁶ Al menos, en lo que se refiere a los proyectos: de 1849 (*Mathematische Schrif.*) a 1875 (*Philosophischen Schrif.*)

paralelas, para todos aquellos temas que contiene. Debe señalarse, por otra parte, que numerosos textos de los que Gerhardt clasifica como matemáticos podrían valer igualmente como lógicos y filosóficos, motivo por el que el editor se ha visto forzado, a veces, a duplicarlos en su edición de escritos filosóficos: un buen ejemplo —me parece— de los inconvenientes a que dan lugar los prejuicios de la clasificación sistemática. Importa advertir también que el volumen VI de esta edición selecciona un repertorio de opúsculos y cartas relativos a la Física y a la Dinámica, todos los cuales, como es sabido, resultan imprescindibles para la metafísica no menos que para la ciencia. Un complemento necesario, en fin, para el estudio de las obras matemáticas lo constituye la edición asimismo de Gerhardt —e igualmente reeditada por Olms en 1963—, *Der Briefwechsel von Leibniz mit Mathematikern*, Berlín, 1899, quizás la más interesante de las empresas editoriales que debemos a este autor⁶⁷. En cuanto a los escritos más propiamente físicos y científico-técnicos se encuentran compilados en Gerland, *Leibnizens nachgelassene Schriften physikalischen, mechanischen und technischen Inhalts*, obra que fue editada ya en los pródromos de nuestro siglo, concretamente en Leipzig, en 1906.

2.3. La publicación «preconcebida» de inéditos en el siglo XX

Hasta aquí, pues, las grandes ediciones y catálogos que, por motivos de complementariedad, siguen siendo todavía hoy imprescindibles. Pero esto no es todo, por supuesto. Nuestro siglo ha sido también autor de un conjunto de empresas editoriales que si, por una parte, resultan tan obligatorias para el conocimiento de Leibniz como las propias grandes ediciones, tienen, por otra parte, unas características perfectamente definidas, que reclaman para sí un análisis aislado. Es lo que vamos a hacer en este epígrafe.

⁶⁷ De esta edición sólo llegó a publicarse el primer tomo, que contiene la correspondencia con Newton, Oldenburg, Collins, Conti, Tschirnhaus y Huygens. Los plomos del segundo tomo estaban ya preparados y fueron destruidos por orden de la *Preussische Akademie*, propietaria de la edición, a la vista del proyecto ya aprobado de publicación de los SS.

Y acaso la mejor manera de introducirnos en dicho análisis consista en comparar el espíritu y los objetivos de las ediciones del siglo XX en relación con lo que ya conocemos de las del siglo XIX. Estas últimas, recuérdese, propendían a ofrecer grandes *conspectus* temáticos —sea v. gr., «obras políticas» o bien «obras matemáticas», etc.—, de acuerdo con las necesidades que se considerasen más imperiosas o con los huecos que más evidentes resultaran; en todo caso, con el carácter siempre de compilaciones o de síntesis *neutrales*. El editor podía, desde luego, utilizar criterios de amplitud (Gerhardt) o estrictamente selectivos (Erdmann): Podía también tener estas o aquellas inclinaciones personales a la hora de seleccionar y reproducir los escritos de que se tratase. Pero *nunca, bajo ningún concepto, utilizaba su edición como documento probatorio para la justificación de una tesis ya previamente publicada o concebida*. Pues bien, bajo estos parámetros es cómo se han producido, con toda exactitud, las más notorias ediciones del siglo XX.

Nótese que la frase que acabo de escribir no contiene, por el momento, ningún juicio de valor. Su significado es simplemente éste: un estudioso de Leibniz descubre entre los escritos todavía inéditos del filósofo un conjunto de opúsculos que le obligan a una interpretación distinta de la ordinaria; así lo dice en un libro que después publica; y para justificar la novedad de su interpretación, da también a la imprenta los textos sobre los que se apoya. Me parece obvio decir que lo que queda hecho de este modo no es tanto una edición como un expediente testifical: algo con lo que el autor se somete al *onus probandi*, al peso de la prueba. Pero como, por otra arte, los textos aducidos son verdaderamente nuevos, es decir, no están recogidos en anteriores ediciones, resulta inevitable que lo que sólo era documento justificativo pase a ser instrumento editorial. Y, en este sentido —facticamente, aunque también indirectamente—, lo que en el título de este epígrafe he llamado «publicación *preconcebida* de inéditos» se convierte en vehículo obligatorio para el conocimiento de Leibniz.

Lo que, en definitiva, quiero decir con todo esto es que las ediciones de inéditos que se han producido en nuestro siglo no son independientes de la existencia misma de la «cuestión leibniziana». Por el contrario, se inscriben en ella por propia natura-

leza y constituyen su perfil más revelador. *Las diversas interpretaciones de Leibniz, surgidas contrapuestamente como fenómeno propio también de nuestro siglo, no se apoyan sólo en la posibilidad de ejercer lecturas diferentes sobre la base de un corpus bien determinado, sino, más en rigor, en la presencia de una base textual inédita que se entiende con fuerza bastante como para justificar una hermeneusis distinta de las demás.* Este hecho me parece a todas luces decisivo, aunque, por extraño que resulte, se ha meditado muy poco sobre él. Viene a situar, en efecto, en su justa medida las ediciones de inéditos del siglo xx. Y como esa medida no es —ni puede ser otra que la de confirmar o propiciar una tesis determinada, su función hay que situarla en los parámetros de dicha tesis. Es inútil, por ejemplo, decir que «para las obras lógicas de Leibniz debe consultarse la edición de Couturat, *Opuscules...*, etc.» (y quede constancia de que esto es *exactamente* lo que se dice en las notas bibliográficas). En realidad, dicha edición contiene, *sobre todo*, un numeroso conjunto de opúsculos relacionados con la lógica demostrativa —única que ha interesado a Couturat en su *Logique de Leibniz*— y, consecuentemente, sirve para el estudio de *esta parte* de la lógica leibniziana, lo que también significa para ponderar la *validez de la tesis* del intérprete. Este carácter relacional es inevitable y los ejemplos se multiplican prácticamente sin excepción. Ahora bien, por ello mismo —y esto ya sí supone un juicio de valor— es necesario prevenirse contra el vicio de origen que recae sobre las ediciones objeto de este epígrafe. Una cosa son tales ediciones —es decir, lo que sugieren como totalidad— y otra cosa distinta el alcance hermenéutico de las obras —y aun las obras en sí mismas— que en ellas se recogen. O dicho de otra manera: es obligado esforzarse en discriminar entre las obras de Leibniz, consideradas aisladamente o en subconjunto relevantes por la fuerza de sus contenidos, y el universo que, como «todo-editorial» o, en el peor de los casos, como «todo-sistema» aquellas obras pueden llegar a constituir. Lo contrario —al menos, por lo que me parece— equivaldría al ejercicio de un ofuscamiento del que posiblemente no sea pequeña muestra la propia génesis y desarrollo de la «cuestión leibniziana».

Supuestas, pues, estas matizaciones —que en lo sucesivo deberán tenerse en cuenta, sin que, para cada caso concreto, se

considere necesario repetir las ⁶⁸—, las principales publicaciones de inéditos de nuestro siglo son las siguientes. Para un amplio conjunto de escritos lógicos y epistemológicos, es fundamental la obra de Couturat, *Opuscules et fragments inédits*, París, 1903 (reed. de Olms, 1966); obra a la que pueden hacerse, sin embargo, desde un punto de vista estrictamente editorial, un buen número de reparos. El autor, en efecto, tras un prólogo muy sugestivo sobre cómo deben editarse las obras de Leibniz —y con el que ya hemos manifestado básicamente nuestro acuerdo en anteriores páginas y notas—, se limita después a transcribir sus opúsculos (o, cosa extraordinaria, *fragmentos de ellos*, con lo que el lector ha de conformarse con lo que a Couturat le ha parecido en estos casos digno de leerse) ⁶⁹, siguiendo el orden y la clasificación de Bodemann, prácticamente sin asomo de justificaciones o hipótesis cronológicas y sin que, por tanto, pueda seguirse una lectura basada en algún criterio, salvo por lo que supone la constante remisión a —¿hace falta decirlo?— *La Logique de Leibniz*, su tesis de 1901 ⁷⁰. Para textos básicamente religiosos, pero que

⁶⁸ En cuanto a las características técnico-filológicas de estas ediciones, con independencia de algunos comentarios que, en particular, se hacen más adelante, los criterios generales han quedado establecidos, *supra*, en 2.2.

⁶⁹ Ejemplos de fragmentos, cuya no transcripción completa resulta particularmente penosa son: MATH., III, A, 12: *De incerti aestimatione* (C, 569-70); PHIL., VII, C, 160-161: *Sur la Caractéristique* (C, 435); PHIL., VII, B, III, 25-26: *Grammaticae cogitationes* (C, 286-287); PHIL., VII, B, VI, 9-12: *Elementa Nova Matheseos Universalis* (C, 348-350: faltan todos los ejemplos), etc. Otras veces Couturat ofrece sólo el título de algunos opúsculos y, en el mejor de los casos, un resumen o una apreciación personal en nota. Ejemplos de esto lo constituyen los diferentes manuscritos sobre juegos de azar, MATH., III, A, 8, 9, 10 y 11 (C, 568); PHIL., VII, C, 18: *Loci logico-pragmatici* (C, 355), y diversas tablas de definiciones. En general, se observa que la lógica de la probabilidad, de las proposiciones contingentes y de los «casos» en jurisprudencia ha quedado mal parada —por la remisión a fragmentos o a títulos de opúsculos— en la edición de Couturat.

⁷⁰ Este hecho, que confirma las prevenciones más arriba formuladas, ha sido puesto de relieve, en honor de la verdad, por el propio Couturat, quien se refiere a su edición en los términos que siguen: «Nous n'avons pas eu la prétension d'en combler toutes les lacunes, même en ce qui concerne spécialement la logique (...) Notre ouvrage n'est donc nullement une *édition*, même partielle ou complémentaire: c'est un *recueil de morceaux choisis*, qui parfois se réduit presque à un catalogue» (C, p. III. Preface).

también contienen algunas referencias muy importantes para la metafísica y para la lógica que nosotros hemos llamado de lo real, es inexcusable la cita de Baruzi, *Trois diálogos mystiques inédits de Leibniz*, RMM, enero de 1905, y el apéndice de *Leibniz. Aves de nombreaux textes inédites*, del mismo autor, París, 1905. Publicación importantísima, aunque pésima editorialmente y tan cargada de errores que su revisión constituye una auténtica exigencia⁷¹, es la de I. Jagodinski, *Leibniziana. Elementa philosophiae arcanae de summa rerum*, Kasan (texto latino y traducción rusa), 1913. (Para una exacta ponderación de la importancia de los inéditos contenidos en esta obra, deben leerse los comentarios de Rivaud, *Textes inédits de Leibniz, publiés par I. Jagodinski*, RMM, 1914.) No menos interesante que la anterior —y con no menores defectos, en este caso salvados gracias a las espléndidas reediciones con traducción y notas de Y. Belaval, París, 1961, y O. Same, Frankfurt, 1967⁷²— es la publicación asimismo de Jagodinski, *Leibniziana inedita. Confessio philosophi*, Kasan (texto latino y traducción rusa), 1915. Una y otra obra del editor e intérprete ruso resultan imprescindibles para un conocimiento de los escritos —preferentemente metafísicos— redactados por Leibniz durante su estancia de 1672-76 en París; constituyen, por tanto, un testimonio excepcional para decidir sobre no pocos extremos polemizados en la «cuestión leibniziana», en cuya fase de más amplia conflictividad precisamente aquellas obras fueron publicadas. Radicada en ese mismo medio conflictivo y con pretensiones de documentar con textos de Leibniz una postura conciliadora de síntesis entre una metafísica individualista —esencialmente protestante— y una lógica normativa de alcance universal, debe citarse la edición de Schmalenbach, *Ausgewählte philosophische Schriften im Originaltext*, Leipzig (2 vols.), 1915, obra ya rara en la actualidad y que merecería, desde luego, una urgente reedición⁷³. Trabajo muy cuidadoso, editorialmente espléndido

⁷¹ En el momento de redactarse estas líneas se anuncia como inminente una nueva edición con traducción francesa a cargo de Michel Fichant.

⁷² Para una ficha más exacta de estas obras, véase después el apartado 2.4, referido a traducciones.

⁷³ La edición de Schmalenbach no supone propiamente una edición de textos inéditos, cuanto una relectura sobre manuscritos de textos ya publicados con anterioridad. De todos modos, lo más interesante de esta obra es la selección que ofrece, con las finalidades ya apuntadas. Por lo

y tal vez el menos vincuado a una tesis preconcebida, es el de Schrecker, *Lettres et fragments inédits de Leibniz*, París, 1934, que, sobre ser importantísimo para cuestiones relacionadas con la Teología y los proyectos religiosos leibnizianos, tiene además el interés —ya reseñado en la nota 42— de suplementar el catálogo de Hannover a base de los opúsculos y cartas descubiertos en la Biblioteca Nacional de Varsovia. Los mismos temas teológicos y religiosos, aunque en selección mucho más amplia, que también recoge interesantísimos opúsculos éticos, metafísicos y políticos, se recogen en la obra de Grua, *Textes inédits d'après les manuscrits de la Bibliothèque provinciale de Hannover*, París (2 vols.), 1948. Esta edición, aunque directamente vinculada a la tesis del autor de 1953, constituye un hito importante entre las publicaciones de inéditos de nuestra época, no sólo por la riqueza de los escritos seleccionados, sino también por la finura de su argumentación cronológica y por el inmenso trabajo que contiene en la indicación de textos concordados y paralelos⁷⁴. No obstante, su planeamiento sistemático peca, a mi juicio, de todos los errores señalados en este epígrafe y, a decir verdad, las secciones sobre las que se organiza la presentación de los textos, resultan muchas veces un corsé demasiado estrecho e inadecuado para la riqueza de los escritos a los que se trata de ahormar⁷⁵. Un importante ensayo, en parte, de reedición y, en parte, de publicación de inéditos es el de Ducouloux-Favard, *Specimen quaestionum philosophicarum ex iure collectarum. De casibus perplexis. Doctrina conditionum. De legum interpretatione*, París (con una muy cuidada introducción de T. Ascarelli), 1966. Aunque estas obras tienen, primariamente, un alcance jurídico, su lectura es también ineludible para comprender aspectos decisivos de la lógica de lo real y de la génesis y naturaleza de la Enciclopedia. Por último, el mismo carácter de reedición cuidada y, al mismo tiempo, novedosa tiene la publicación de Gaquere, *Le Dialogue*

demás —y en lo que se refiere a su rareza respecto de los medios españoles— existe por lo menos un ejemplar de esta edición en la Biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid).

⁷⁴ Véase *supra*, notas 28 y 38.

⁷⁵ Por ejemplo, un conjunto trascendente de textos sobre las verdades eternas se encontrarán en la sección que lleva por título... *¡Visionarios y quietistas!* Para estudiar la ciencia divina (de intuición y ciencia media) habrá que acudir a la sección *Libertad y Optimun*. Etcétera.

irénique Bossuet-Leibniz (1691-1702), París, 1966, donde se encuentra abundante material no sólo para problemas religiosos, sino también éticos y metafísicos.

2.4. Traducciones de las obras de Leibniz

El último aspecto que nos queda por dilucidar —y *last but not least*, como va a verse— se refiere a las traducciones de las obras de Leibniz. Ni que decir tengo que la importancia de una traducción es siempre —y sólo— *instrumental*, cualesquiera que sean sus internas calidades y lo mismo si traslada un panorama amplio de obras que si se remite a una sola en concreto. Ahora bien, el caso de Leibniz —y, al menos, en lo que se refiere a las traducciones generales— participa de unas características un poco peculiares, que tal vez merezca la pena comentar críticamente. Es lo que vamos a hacer a continuación.

Ante todo, volvamos por un momento a los tres problemas básicos que, como ya hemos visto, pueden reseñarse en nuestras ediciones: *la falta de compleción*, *la fragmentariedad* y *la dispersión*. Es fácil comprender que a los dos primeros correspondan unos rasgos equivalentes por parte de las traducciones: quiero decir que no hay ninguna que no sea incompleta y fragmentaria. Pero no ocurre lo mismo con el tercer problema. Por el contrario, el traductor dispone de amplias posibilidades para evitarlo, tomando para ello, de las distintas ediciones existentes, las obras que interesan más a sus propósitos. O dicho de otro modo: *al traductor le es posible transformar en un conjunto homogéneo, unitario y relevante lo que se halla disperso y confuso en una pluralidad de ediciones no siempre homólogas por su calidad ni igualmente accesibles*. Se comprende así que, aun en la perspectiva únicamente reconocida antes, esto es, en la de un puro instrumento, la importancia de las traducciones de Leibniz y, más aún, la influencia ejercida por ellas de un modo explícito o implícito —esto es otra cuestión que vamos a ponderar muy pronto— sea muy superior a lo que es ordinario en filósofos menos conflictivos. Las traducciones sustituyen y, en alguna medida, aunque sea corta, resuelven los problemas materiales de la obra leibniziana. Para bien o para mal, su presencia tiene carta de naturaleza en la bibliografía del filósofo. Y, en este

sentido, ni es posible ignorarlas ni se les puede asignar el papel de figurón sobre la escena de esa misma bibliografía⁷⁶.

Ahora bien, ¿cuáles son, en concreto, los niveles de esa reconocida importancia? Yo diría que puede hablarse de tres que, si son diversos por su trascendencia, resultan, en todo caso, indiscutiblemente influyentes. El primero, el más elemental de todos, es también el más acorde con la función específica de las traducciones. Las de Leibniz, en efecto, constituyen un vehículo idóneo para introducirse en los entresijos de su reflexión, soslayando, como ya hemos dicho, el fárrago de las muchas y heterogéneas ediciones. Pero esto no es todo. El segundo nivel, que es una consecuencia de esto último, aporta, me parece, un elemento muy clarificador. Un análisis del aparato crítico de una considerable cantidad de libros sobre Leibniz —no, claro está, de los que han marcado un hito en su interpretación, pero sí de los innumerables que acompañan a las distintas corrientes hermenéuticas o, más sencillamente, de los que componen la abultada bibliografía leibniziana— viene a demostrar que las traducciones constituyen su repertorio básico de citas y casi su único horizonte de contrastación textual. Probablemente ésta sea una característica extensible a otros muchos filósofos, que, por sabida, no resulte necesario constatarla (aunque es curioso que el asunto se considere un tabú sobre el que nadie llega nunca a pronunciarse). Pero, aun si esto es cierto en general, en el caso de Leibniz —y, cuando menos, hipotéticamente— el fenómeno puede producir unas consecuencias considerables, cuya enunciación introduce ya el tercer nivel de los anunciados. No se puede olvidar, en efecto, que las traducciones se enmarcan en *perspectivas nacionales*; que sirven a la comunicación del filósofo con los hablantes de una *lengua concreta* en un *medio cultural concreto*. Ahora bien, como el componente nacional —según ya hemos adelantado⁷⁷ y hemos

⁷⁶ Sin embargo, esto es lo que ocurre ordinariamente en las notas bibliográficas sobre Leibniz, incluso en aquellas de mayores proporciones y más ponderado juicio. A decir verdad, por una suerte de pacata beatería sobre lo que debe entenderse por criterios científicos, los únicos libros que reseñan las traducciones —y, por lo común, de modo muy fragmentario— son o bien las obras de iniciación al pensamiento del filósofo (caso de Belaval o de Moreau), o bien... ¡otras traducciones! (véanse, por ejemplo, los prólogos de las de Loemker y Barone).

⁷⁷ *Supra*; pp. 252-53.

de ver aún con más minucia— resulta uno de los elementos básicos de la «cuestión leibniziana», es indiscutible que pronunciarse sobre la influencia de las traducciones equivale a sugerir una posible vía de diagnóstico para algunos aspectos específicos de la pluralidad y heterogeneidad de las interpretaciones. Este diagnóstico, como es obvio, necesita confirmarse para ser exacto, pero promete ser, desde luego, una clave fecunda para la elucidación de nuestro tema. De todos modos, lo que los tres niveles acabados de describir ponen claramente de manifiesto es que la importancia de las traducciones resulta muy superior a lo que suele reconocerse en las notas bibliográficas sobre Leibniz⁷⁸. Es una consecuencia, sin duda, de las dificultades materiales de su obra. Pero, por ello mismo, deben ser objeto de un estudio riguroso y de una consideración privilegiada en el balance de esa misma bibliografía. Añádase a esto la importancia indirecta que a veces tienen las traducciones para la fijación e interpretación de algunos textos; añádase también la influencia decisiva de las notas y comentarios de que aquéllas suelen acompañarse, y se tendrá una idea bastante ponderada del papel real, nada accesorio, que las traducciones han jugado y siguen jugando en la interpretación de Leibniz.

Y ya pasemos a las citas concretas⁷⁹. Entre las traducciones alemanas, la más difundida sin duda es la de Buchenau, *Hauptschriften zur Grundlegung der Philosophie*, Leipzig (2 vols.), 1904-6 (reeditada por F. Meiner, Hamburgo, 1966), cuyas notas, debidas a Cassirer, han imprimido carácter no sólo a la traducción en sí, sino también a la difusión de los textos de Leibniz en Alemania. Muy interesante asimismo y coincidiendo con los es-

⁷⁸ Como complemento de lo dicho en la nota 76, debe añadirse que no existe ningún catálogo completo de las traducciones de Leibniz. Tampoco Müller (y no digamos Ravier) les dedican ni una sola mención en sus repertorios. Esto pone de manifiesto la indiferencia con que han sido estimadas las traducciones, erróneamente a mi parecer, como trato de mostrar en este epígrafe.

⁷⁹ Bien entendido que no se trata de ofrecer un catálogo completo, sino de citar aquellas obras que, o bien han ejercido una influencia perfectamente constatable, o bien poseen una calidad digna de conocerse, o bien, por último, constituyen traducción única de algún texto leibniziano. Sólo en el caso de las traducciones españolas he confeccionado una lista bastante completa en la seguridad de que el asunto puede resultar interesante entre nuestros medios culturales.

fuerzos evaluadores de la «cuestión leibniziana», que se han intentado en los últimos años⁸⁰, es la obra de Schmidt, *Fragmente zur Logik*, Berlín, 1960, cuyo prólogo sitúa muy bien el puesto de la lógica en el sistema de Leibniz. No puede decirse lo mismo de Holz, *Kleine Schriften zur Metaphysik*, Frankfurt, 1965, que no es más que un intento —a mi juicio, condenado al fracaso— de justificar su tesis de 1958⁸¹; no obstante, la traducción es correcta, aunque, a veces, muy forzada en la terminología. En cuanto a las obras particulares, son de extraordinaria calidad las de W. v. Engelhardt, *Protogaea*, Stuttgart, 1949, y O. Same, *Confessio philosophi. Text. Uebersetzung, Kommentar*, Frankfurt am Main, 1967.

En el panorama de las traducciones inglesas destaca por su amplitud y escrupulosidad la de Loemker, *Philosophical Papers and Letters*, Chicago (2 vols.), 1956, cuya selección de textos está presente en una buena parte de la bibliografía anglosajona. A los mismos condicionantes que la ya citada traducción de Schmidt responde la de Parkinson, *Leibniz Logical Papers. A Selection*, Oxford at Clarendon Press, 1966, aunque los textos que selecciona son muy restringidos y se refieren, casi únicamente, a los diversos cálculos ensayados por Leibniz. Obra más antigua, pero de cita obligada por cuanto constituyó una pieza de considerable importancia en la fijación del espíritu logicista propio de las interpretaciones anglosajonas es la de Ch. I. Lewis, *A survey of Symbolic Logic*, Berkeley, 1918, cuyas páginas dedicadas a Leibniz (373-87) contienen una estimable traducción del *Non Inelegans specimen demonstrandi in abstractis* y del opúsculo XX del vol. VII de los *Phil. Schriften* de Gerhardt. Por su calidad excepcional e, igualmente, por su influencia en el contexto del logicismo anglosajón, debe citarse también la traducción de J. M. Child, *Leibniz's Earley Mathematical Manuscripts*, Chicago, 1971. Por último, entre las traducciones particulares recientemente aparecidas, me parece muy interesante la de M. Furth, *Monadology*, *Philosophical Review*, vol. 76, 1967, pp. 169-200, cuyas anotaciones resultan ya imprescindibles para un mejor conocimiento de este importantísimo opúsculo-síntesis.

⁸⁰ Para un análisis detenido de este clima de evaluación de las interpretaciones más divergentes de Leibniz —clima en que se han situado los estudios leibnizianos más o menos desde 1950—, véase, más adelante, epígrafe 3.4 (II parte).

⁸¹ Cfr., sobre esta obra, *infra*, 3.4 (II parte).

Si bien es cierto que Italia no ha producido monografías decisivas en el campo de los estudios leibnizianos, sí dispone, en cambio, de un conjunto muy estimable de traducciones. Con poco dominio de la terminología de Leibniz, pero muy sugestiva por su selección, es la de G. de Ruggiero, *Opere Varie*, Bari, 1912, que ha sido reeditada y corregida por V. Mathieu bajo el título, más acorde con la realidad, de *Saggi filosofici e lettere*, Bari, 1963. Al mismo V. Mathieu debemos la importante traducción, verdaderamente novedosa por su tema, *Scritti politici e di diritto naturale di G. W. Leibniz*, Torino, 1951. Por su parte, las obras lógicas —y dentro de ese mismo clima evaluador a que antes nos referimos— disponen de una traducción italiana extraordinaria, tanto por la riqueza de los textos seleccionados, como por el espléndido prólogo que le antecede, en la obra de F. Barone, lógico él mismo como es sabido, *Leibniz. Scritti di Lógica*, Bologna (Zanichelli), 1968. No obstante, a la labor específicamente técnico-traductora parecen notársele varias manos (la obra, en efecto, da la impresión de un trabajo de Seminario), lo que, a veces, influye en una cierta falta de homogeneidad terminológica y en patentes diferencias de estilo. Por último, respecto de las obras particulares, debe citarse —por cuanto, que sepamos, supone traducción única— la de Anfossi, *Leibniz. I Precetti per il progresso delle science*, Rivista di filosofía, vol. 38, 1947, fasc. 1-2.

En el contexto de las traducciones el caso de Francia es muy particular, ya que, como se sabe, Leibniz escribió en francés una buena parte de sus obras. Los trabajos, pues, de esta naturaleza comportan la mayoría de las veces una síntesis de traducción y reproducción textual; y, otras veces, son más bien ediciones comentadas que traducciones. En ambos casos, sin embargo, resulta muy interesante seguir su desarrollo, no sólo porque las notas son de una calidad indiscutible, sino también —y quizás principalmente— porque la propia selección de textos constituye con frecuencia toda una declaración de principios. Se ha consignado ya, en este sentido, el talante de la edición de Janet, cuya naturaleza metafísica sólo se pone bien de manifiesto si se la compara con el interés de Erdmann por reproducir opúsculos lógicos y epistemológicos. Todavía resulta más revelador el hecho de que nada se encuentra en francés que sea equivalente a las traducciones inglesas de Ch. I. Lewis o Child y, ni siquiera en nuestros días, a las de Parkinsson o Barone. Por el contrario,

los traductores y comentaristas franceses se mueven, en general, dentro de un *espíritu metafísico* que si, por una parte, se corresponde muy bien con el de la mayoría de los intérpretes franceses, por otra parte condiciona una imagen del filósofo; tanto más amplia cuanto que las traducciones suponen la comunicación más directa de una comunidad con un autor. Dentro, pues, de este espíritu, debe citarse en primer término la obra de Schrecker, *Opuscula philosophica selecta*, París, Vrin (texto latino y traducción francesa), 1939; obra ciertamente corta en cuanto al material seleccionado, pero muy cuidada y escrupulosa por su contenido y presentación. De mucha mayor amplitud es la de L. Prenant, *Oeuvres choisies de Leibniz*, París, Garnier (2 vols.), 1940, que ha merecido el juicio favorable de Belaval⁸², aun cuando a mí me parece que se toma demasiadas libertades al traducir no pocos textos latinos. En cuanto a las traducciones (o ediciones) comentadas de obras particulares, son excelentes y han ejercido una considerable influencia las que se citan a continuación: Boutreaux, *La Monadologie (Suivi d'une Notice sur la vie et la philosophie de Leibniz)*, París, 1881; Lewis, G. *Lettres de Leibniz a Arnauld d'après un manuscrit inédit*, París, 1952; Robinet, A., *Principes de la nature et de la grâce fondés en Raison. Principes de la Raison ou Monadologie*, París, 1954; Robinet, A., *Correspondance Leibniz-Clarke*, París, 1957; Burgelin, P., *Commentaire du Discours de Metaphysique de Leibniz*, París, P. U. F., 1959; Belaval, Y., *Confessio philosophi. La profession de foi du philosophe*, París, 1961.

Para concluir, las traducciones españolas de Leibniz forman un panorama muy desigual, cuya secuencia histórica ofrece algunas sorprendentes características. Y la primera de todas es que fue precisamente nuestro país uno de los que más pronto dispuso de una amplia traducción: la de P. de Azcárate, *Obras de Leibniz*, Madrid (5 vols.), 1878⁸³. Esta obra, correcta y estimable en cuanto a su labor específicamente traductora, recoge además una cuidada selección en la que no falta nada importante de lo que era

⁸² «La choix ne pouvait être mieux fait, ni les notes plus profitables», dice en concreto BELAVAL. Véase, *Leibniz. Initiation a sa philosophie*, ed. cit., página 281 (en *Indications bibliographiques*).

⁸³ La distribución de los cinco volúmenes es la siguiente: I. Principios metafísicos.—II-III. Nuevos Ensayos.—IV. Correspondencia filosófica. V. Teodicea.

conocido en el último tercio del siglo XIX. Sin duda, su terminología es más literaria que filosófica y resulta, por ello mismo, deficiente. Sin duda también, la traducción de algunos párrafos claves y el contenido de las notas descubren con frecuencia un conocimiento demasiado superficial del filósofo. Pero, aun contando con estos inconvenientes, es indiscutible que a la obra de Azcárate se debe una considerable difusión de Leibniz en nuestro país, que no sólo contrasta con las enormes lagunas de otros clásicos, sino que es también la única causa constatable para explicar el sugestivo desarrollo de los estudios leibnizianos que se produjo en España en las décadas de los treinta y los cuarenta⁸⁴. Dentro de este clima sorprendentemente favorable hay que situar la traducción de A. Zozaya, *La Monadología. Opúsculos*, Madrid, Sociedad General Española, 1882, que supera en precisión terminológica a la de Azcárate. Asimismo, la de García Morente, *Opúsculos filosóficos*, Madrid, Calpe, 1919, que se inscribe en la meritoria tarea didáctica a que, con tan excelentes resultados, se dedicó este autor. Y las tres, muy dignas y escrupulosas, de Ovejero Maury, *Nuevo Sistema de la Naturaleza; La Teodicea o Tratado sobre la libertad del hombre y el origen del mal; y Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento humano*, publi-

⁸⁴ El ritmo de este desarrollo puede organizarse en torno a tres grupos de publicaciones perfectamente diferenciados. Hasta el comienzo de la guerra civil, los estudios sobre Leibniz tienen lugar dentro de los movimientos renovadores de la filosofía académica que se organizan en torno a la figura de Ortega en la Universidad Central de Madrid. Los nombres más representativos son Morente, García Bacca y J. Xirau. El desenlace de la guerra y el exilio siguiente transportan la actividad de una buena parte de estos estudiosos a Iberoamérica, donde su labor queda integrada con la de los autores de aquellos países. Pueden anotarse, a este respecto, las nuevas publicaciones de G. Bacca, junto con las de García de Onrrubia, Pizarro, Losada y Puga, etc. En estas coordinadas, aunque dentro de nuestro país, deben situarse los trabajos de Marías, de 1946, y el importante libro —más para su propia filosofía que para interpretar la de Leibniz— de Ortega sobre la idea de principio en Leibniz. Por último, el tercer grupo de publicaciones se sitúa en la España de posguerra, en torno al centenario del filósofo, que se celebró en 1946. Si bien la metodología de trabajo es confusamente nacionalista (la intención de los autores buscaba en demasiadas ocasiones parientes hispánicos a la obra de Leibniz) no deben despreciarse los estudios de este momento histórico, cuyos nombres más representativos son Ceñal, Alcorta, Carreras y González Oliveros. Sobre la cita en concreto de las obras de estos autores, consúltense los diferentes apartados del epígrafe 4 (II parte).

cadadas todas ellas en Madrid por Aguilar, en 1926, 1928 y 1928 respectivamente⁸⁵. La cita puede concluirse, aunque es obra muy menor, con la selección de textos escogidos de Vital G. Lleo y Amargos, *Pensamientos de Leibniz*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934, que, entre otras graves faltas, comete la incorregible de no citar las obras de las que están tomados los párrafos que traduce.

Sin ningún tipo de exageraciones, este conjunto de trabajos —y el de las monografías a que me he referido en la nota 84— ofrecen un panorama de verdadera riqueza que, aun si enmarcado en los esfuerzos regeneracionistas de la España de ese tiempo, constituye, con todo, un fenómeno excepcional por contraste con la difusión de otros filósofos. Dicho estado de cosas cambió, sin embargo, radicalmente —al menos en lo que se refiere a las traducciones— al término de la guerra civil. Exceptuando el valioso intento de Julián Marías, *Discurso de Metafísica* (versión y comentarios), Madrid, Rev. de Occidente, 1942, que, de todos modos, sigue muy de cerca la obra citada antes de Burgelín, no se produce ninguna novedad en nuestro país hasta bien entrados los años cincuenta. Y las que a partir de entonces se producen, de la mano todas ellas de la meritoria Biblioteca de Iniciación filosófica de la editorial Aguilar, tienen el sello —lo diré descarnadamente— del más lamentable oportunismo. Así, la versión de Castaño Piñán, *Discurso de Metafísica*, Madrid, 1955, sigue al pie de la letra a Burgelín; la de Fuentes Benot, *Monadología*, Madrid, 1957, sobre mal traducida y mediocre estudio preliminar, toma sus citas de Robinet; y la de F. de P. Samaranch, *La profesión de fe del filósofo*, Madrid, 1966, la peor de todas, traduce, no del latín ni de Leibniz, sino del francés y de Belaval, a quien también copia sus notas.

El vacío que la posguerra española introdujo en cuanto a traducciones de Leibniz se salvó parcialmente por las que se realizaron en Hispanoamérica. Este cambio de eje, que es otra de las características peculiares a que me refería al principio, está representado por Vicente V. Quintero, cuyas dos traducciones *Correspondencia con Arnauld*, Buenos Aires, Losada, 1948, y *Tratados fundamentales de Leibniz*, íd., 1946, si incorrectas en no

⁸⁵ De los *Nuevos Ensayos* y del *Nuevo Sistema*, existen sendas reediciones, publicadas por Aguilar en su Biblioteca de Iniciación filosófica, siendo la fecha de las últimas ediciones 1972.

pequeña medida, al menos han logrado cubrir una importante demanda que, de otro modo, hubiere quedado insatisfecha. Dentro de este contexto deben citarse también dos recientes trabajos hispanoamericanos, que tienen un valor excepcional no sólo por su rigurosidad en la traducción, sino, sobre todo, por el área importantísima en que han situado su tarea. Me refiero a las obras de J. Babini, *El cálculo infinitesimal*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, que traduce los principales tratados y cartas de Leibniz-Newton relativos a esa materia; y R. Torretti, *Principios metafísicos de las matemáticas*, Rev. Diálogos, Universidad de Puerto Rico, número 24, 1973, que sobre ser traducción única en español de este trascendente opúsculo, ofrece en notas una revisión ajustada de las anteriores traducciones de Buchenau y Loemker.

Para concluir, y ya de nuevo en España, el interés por Leibniz, que ha vuelto a suscitarse en los años setenta de la mano de diversas cátedras universitarias, está dando como resultado la aparición o el anuncio de nuevas traducciones. De 1977 es la de J. Echeverría, *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento humano*, Madrid, Editora Nacional, que, si bien sigue de cerca la versión de Ovejero —aunque con un afán de literalidad mucho más estricto—, aporta, sin embargo, una notable corrección terminológica y ofrece, en el prólogo, un estudio bien concebido sobre la Teoría leibniziana del conocimiento. Diversas editoriales, por su parte, tienen anunciada la próxima aparición de dos traducciones, una de J. de Salas sobre textos políticos⁸⁶ y otra del autor del presente trabajo, en dos volúmenes, sobre los textos lógicos, que recogerá un número de obras sobre esta temática muy superior al de las traducciones disponibles hasta hoy en cualquiera de las lenguas romances.

QUINTÍN RACIONERO

⁸⁶ Ya en prensa este artículo, ha aparecido la traducción a que me refiero, cuya ficha es G. W. Leibniz. *Escritos políticos* (selección, traducción, notas y prólogo de J. de Salas), Madrid, Centro de Estudios constitucionales, 1979.